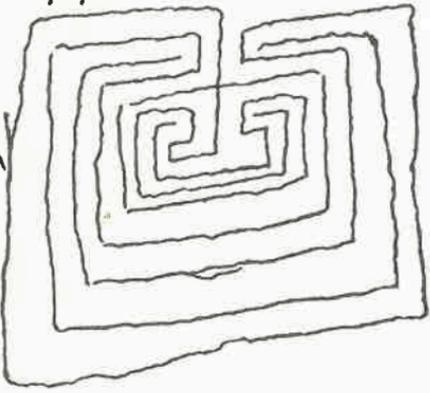


LABYRINTHVS
TU HABITAT

MIN



OTAVI

LA CEGUERA DE EDIPO
UNA MIRADA TRÁGICA A LAS
ELECCIONES DEL 14-M

Eugenio Gómez Segura

PERLA Ediciones

LA CEGUERA DE EDIPO
Una mirada trágica a las
elecciones del 14-M

LA CEGUERA DE EDIPO
Una mirada trágica a las
elecciones del 14-M

Eugenio Gómez Segura

- © Del texto y las traducciones: Eugenio Gómez Segura.
© De la ilustración de cubierta: Laberinto pintado en un pilar rojo del peristilo de la llamada Casa de Lucrecio en Pompeya.
© Del grafismo: www.kbcreativos.com
© De la edición: PERLA *ediciones*
San Juan 21, 26001 LOGROÑO (La Rioja)
Tel. 941 243 545 Fax: 941 224 767
e-mail: castroviejolibrero@eniac.es

Dep. Legal: NA. 3.385/2004

ISBN: 84-609-3627-9

Impreso en la U.E.

ÍNDICE

Presentación	11
1	19
2	37
3	51
4	65
5	79
6	87
ANEXO: Héroes, Democracia, Estado de Derecho y errores involuntarios	103
Notas a la traducción	117

AGRADECIMIENTOS

Dos personas deben compartir mi agradecimiento. La primera, Santiago Jiménez Ruiz-Alejos, con quien estudié griego en Logroño y Madrid y que aceptó, con más amabilidad que la que mis últimos años de trato con él merecían, corregir la traducción que he realizado de los fragmentos de *Edipo, rey*. Guardo los textos corregidos y, créanme, había muchísimo que mejorar. De hecho, si algún verso hay bien traducido es gracias a él.

La segunda, Luis Gil Fernández, profesor nuestro en la Universidad, ha sido pieza decisiva en mi formación. Santiago y yo, nos vimos obligados a presentarnos a sus exámenes de traducción sin diccionario de los mejores autores y obras de la literatura griega; él fue quien me hizo aprender Edipo rey de tal manera que, cuando leí la obra el día 15 de marzo, el día siguiente a las elecciones, la comparación entre la crisis y la trama se me presentó automáticamente. Además, la traducción que me ha servido de referencia es la suya. Se comprenderá entonces que pensara en él cuando leí la siguiente frase de las memorias de Goethe:

El hombre no es importante en la medida en que deja algo atrás, sino en la medida en que influye y disfruta, y además estimula a los demás a influir y disfrutar (*Poesía y verdad*, VII).

INTRODUCCIÓN

Edipo rey, de Sófocles¹, pertenece al escaso grupo de obras universalmente maestras que necesita poca presentación. Desde Aristóteles está considerada como una de las mejores tragedias griegas, si no la mejor, y realmente la obra es tan intensa que, al verla o leerla, casi nadie deja de experimentar un terremoto emocional e intelectual. Sin embargo, el siglo XX ha confundido buena parte de su valor desde el momento en que ha asumido que lo atractivo de su argumento reside en una insostenible relación sexual entre una madre y su hijo.

Edipo rey es más, por supuesto, y así lo demuestran las escasas dos horas que bastan para leerla. Es más porque acaba por enfrentarnos a nosotros mismos, porque revela que nadie está a salvo de la fatalidad por muy honrado que se sea y porque nos avisa que la prudencia y la mesura son las únicas armas que tenemos frente a las adversidades, sean éstas públicas o privadas. Además, logra establecer un carácter concreto para todo ello, un personaje que a través de los siglos es citado como modelo de comportamiento.

Y no sólo eso. La trama de esta tragedia y el modelo ético que nos ofrece pueden ayudarnos a entender sucesos que han convulsionado el mundo por segunda vez. Me refiero a los atentados que, dos años y seis meses exactos de calendario después de aquel primer atentado descomunal e impensable, se nos han presentado a la puerta de casa de forma tan insospechada y

¹ Para la traducción del texto griego nos hemos servido de la edición con aparato crítico de A. C. Pearson, *Sophoclis Fabulae*, publicada en la Biblioteca de Escritores Clásicos de la Universidad de Oxford, 1924, reeditada en 1985. Asimismo, nos ha sido de muy gran ayuda la edición con comentario de R. D. Dawe, *Oedipus Rex*, de la Cambridge University Press, 1982, reeditada en 1988. Las notas en números romanos, todas al final del libro, refieren las variantes que hemos adoptado en el texto griego.

perturbadora como la terrible peripecia que sufrió Edipo cuando era rey de Tebas. Y también puede explicar el vuelco electoral que vivió el país a los pocos días, un accidente político que quizá haya sido el canto de cisne de la democracia en España.

La tragedia de Edipo tiene su origen en una antigua desgracia familiar de la que en absoluto era él responsable. Su padre era Layo, hijo a su vez de Lábdaco y biznieto de Cadmo, el fundador de Tebas. Tras la muerte de Lábdaco, Lico alcanzó la regencia en la ciudad, aunque más tarde fue asesinado por Zeto y Anfión, que se erigieron así en reyes y obligaron a Layo a exiliarse para ser acogido por Pélope en el Peloponeso. Estando allí, el huido se enamoró de un hijo de Pélope, Crisipo, al que raptó. El joven príncipe, sin embargo, acabó por suicidarse y su padre pronunció una terrible maldición contra Layo y su familia. El tiempo finalmente devolvió a Layo a su trono en Tebas y fue entonces cuando la maldición comenzó a tomar forma.

En efecto, casado con Yocasta, Layo engendró a Edipo, al que un oráculo había señalado como asesino de su padre y futuro esposo de su madre, trayendo así enormes desgracias al resto de la familia. Con el fin de evitar que el oráculo se cumpliera, el matrimonio decidió abandonar al recién nacido en el monte Citerón, para lo cual ordenó a un criado que atravesara los tobillos del niño con una correa y lo dejara a merced de las fieras. Sin embargo, este sirviente no pudo menos que apiadarse de la criatura y, en lugar de cumplir su misión, decidió entregarla a un pastor de la ciudad de Corinto, cuyos confines delimitaba el mismo Citerón. Este segundo pastor recogió al niño y se lo entregó a Pólipo y Mérope, sus reyes, que no tenían descendencia. En Corinto, Edipo fue criado como hijo del rey y nunca albergó sospecha alguna respecto a su origen. Layo, por su parte, siguió gobernando en Tebas y no volvió a tener noticias ni sobre el oráculo ni sobre su hijo.

Pasados los años, siendo Edipo ya hombre, durante un banquete un corintio le increpó descubriéndole que su origen no era el que creía. Como consecuencia de tal incidente, Edipo marchó al oráculo de Delfos, donde Apolo respondía las preguntas de los mortales, y preguntó al dios si Pólipo era realmente su padre. El oráculo no le despejó la duda pero en cambio le respondió que iba a matar a su propio padre y a engendrar hijos con su madre. Puesto que Edipo aún pensaba que en Corinto estaba su familia, optó por no volver allí a fin de evitar que el horrible vaticinio llegara a cumplirse. Y el caso es que, lejos de librarle de tal destino, su huida lo arrojó en brazos de la fatalidad.

En efecto. La ruta que va por tierra de Delfos a Corinto obliga a pasar por el territorio de Beocia, cuya capital es Tebas, trono de Layo. Cuando Edipo ya había decidido desviarse del camino de vuelta a casa, se encontró en una encrucijada con una pequeña comitiva integrada por un personaje indudablemente importante que viajaba en carro y cuatro sirvientes. En un exceso de soberbia, este hombre, ya mayor, exigió de malas maneras a Edipo apartarse del camino y envió a sus criados a ejecutar la orden. Edipo se defendió y mató a todos ellos menos a uno para, finalmente, enfrentarse al anciano, que había intentado golpearle con su bastón. Como consecuencia de la pelea, el viejo cayó y murió del golpe. El criado que seguía con vida, al ver los acontecimientos, huyó. Aquel hombre ya mayor no era otro que Layo, que acudía a Delfos para consultar también a Apolo. De esta forma, y fortuitamente, Edipo cumplió el oráculo y fue el causante de la muerte de su padre.

Tras este incidente Edipo se encaminó hacia Tebas, donde se encontró con la Esfinge, animal monstruoso compuesto de cabeza de mujer y cuerpo de león dotado de alas. Este ser devastaba la región tebana y mataba a todo humano que no respondiera a su famoso enigma, cuál es el animal que primero

anda a cuatro patas, luego a dos y, por último, a tres. El destino quiso que Edipo fuera quien lo resolviera y así libró a la ciudad de tamaña plaga. Los tebanos, agradecidos por ello y en esos momentos ya conocedores de que Layo había muerto, considerando a Edipo su salvador, le entregaron el trono y le casaron con la viuda del rey, Yocasta, que era su madre. De esta forma el joven cumplía, involuntariamente también, la segunda parte del oráculo sobre su destino.

Durante unos años en los que Edipo engendró a Eteocles, Polinices, Antígona e Ismene, la ciudad fundada por el antiguo Cadmo vivió tranquila. Sin embargo, hubo de llegar el momento en que Edipo pagara sus monstruosidades, lo cual sucedió por una característica peculiar del pensamiento religioso y moral del griego antiguo. Se trata del convencimiento de que las maldiciones pesaban al menos durante una generación sobre la familia de quien había caído en desgracia ante los dioses. Tanto es así, que la expiación por tal falta había de llegar indefectiblemente, de manera que no sólo los descendientes del causante se atraían la desgracia, sino que eran ellos quienes debían pagar por todo. Y, efectivamente, en el caso de Edipo nos encontramos con que este hombre que había intentado ser buen hijo y se había alejado de Corinto en la idea de que, de este modo, salvaba a sus padres, realmente volvía a su destino familiar y se veía arrastrado a los mayores males sin ninguna intención por su parte.

Comienza ahora, como decimos, el auténtico calvario de nuestro personaje. Y comienza también aquí la tragedia escrita por Sófocles, que no es otra cosa que una concatenación de diálogos y reencuentros que conducen al reconocimiento de los orígenes de Edipo y, por tanto, a la toma de conciencia respecto a sus involuntarias monstruosidades. Pero hemos de insistir en que Edipo actuó siempre con la más profunda convicción

de que nada malo hacía ni con su vida ni con la de sus semejantes, de que era todo lo honrado y, llegado el caso, buen gobernante que se podría llegar a ser dentro de los límites humanos.

Esta última consideración no ha de pasar inadvertida a la hora de entender la tragedia de Sófocles ni, por lo tanto, el análisis de la crisis y posterior caída del gobierno del Partido Popular en las elecciones generales de marzo de 2004 que se expondrá en estas páginas. Porque, a consecuencia de los atentados islamistas² de Atocha, se ha dado a la ciudadanía la oportunidad de expresar de manera mucho más activa y clara de lo normal una voluntad estrictamente democrática desusada en los últimos tiempos. De hecho, hemos de decir que, en general, en nuestro país los ciudadanos votantes, quizá la nueva clase que debería preocuparse por retomar algunas ideas de la teoría marxista de la historia, se han creído la ideología de la democracia aunque no exigen con la fuerza suficiente la honradez, probidad y beneficios que parecen ser necesarios para gobernar en otros países con más tradición en este sistema ideológico. Recuérdese que, durante los años de la dictadura de Franco, en nuestro país se admiraba la vida política de Gran Bretaña y Francia, también de Alemania, del norte de Europa en general. Y, ahora que tenemos desde hace un cuarto de siglo ese sistema, los españoles conocemos hoy en día una apariencia de tranquilidad y felicidad que no se corresponde demasiado a menudo con el ideal

² La denominación de islamista para la autoría de los atentados ha de ser entendida dentro de los límites que el propio lenguaje humano impone a la comprensión de los hechos. Con tal calificativo ha de considerarse lo mismo que, por ejemplo, cuando se habla de represión cristiana de la libertad individual: no se intenta decir que cualquier cristiano se convertirá en un represor y persecutor del individuo, sino que tal etiqueta pretende mostrar cómo el perseguidor y represor ha conseguido encontrar dentro de la doctrina del cristianismo suficientes argumentos como para montar una estructura de justificaciones que esconden sus verdaderos motivos.

ético que conlleva la democracia. En todos esos países la democracia vive con problemas, por supuesto, pero para que siga siendo medianamente válida necesita algunas dosis importantes de corrección formal. Y es que, en tales naciones, la ideología democrática se somete a conceptos como el de la expresión francesa *comme il faut*, ese hacer las cosas como hay que hacerlas. Pero en España continuamente se nos recuerda que los países europeos y Estados Unidos son el modelo en que debemos inspirarnos para comprender correctamente el sistema, aunque no se nos ofrecen demasiadas pruebas de que los políticos también han comprendido que el conjunto incluye tales normas de comportamiento público.

En definitiva, frente a la facilidad con que la clase política, sobre todo en ciudades y autonomías, hace de su capa un sayo, nuestro país parece carecer de un sentido específico de lo que deberíamos denominar la clase votante, es decir, los ciudadanos hemos acabado asumiendo la fachada del sistema democrático de vida y economía sin haber llevado a cabo el estudio preciso de todo cuanto integra tal conglomerado. Tampoco parecemos ser capaces de exigir todo lo que debemos exigir y acabamos por conformarnos con algunas migajas, como se suele decir, del banquete democrático. Incluso algunos, muchos quizá, han asumido que se nos engaña pero consideran que aún vivimos bien. Sin embargo, deberíamos ser conscientes de que nuestro consentimiento ha de obligar tanto al sistema político y social como a sus gestores a darnos todo lo que nos prometen tanto el uno como los otros.

Un ejemplo de estas circunstancias es lo que este ensayo pretende describir mediante la comparación entre una tragedia de realidad imposible y una catástrofe histórica que hasta hace unos pocos años no entraba en lo siquiera verosímil. Pero el caso es que ya tenemos demasiados ejemplos tanto de la inne-

gable presencia de estas catástrofes terribles en la sociedad universal del presente siglo como de la carencia de tacto, honorabilidad y respeto hacia uno mismo y los demás en la política española. Ahora, es el momento de releer *Edipo, rey*.

Una tragedia griega es mucho más que una representación teatral. El concepto de diversión, de esparcimiento, de ocio que hoy en día asociamos al teatro, el cine, la música, es imposible en una sociedad donde este modo de expresión artística fue el medio de transmisión de muchas ideas y convicciones realmente fundamentales para el estado. Por poner sólo un ejemplo, cuando Esquilo representó *Los persas* en el año 472 hacía algo más que ofrecer casi dos horas de interpretación, música y poesía; participaba en un certamen artístico en honor a Dioniso que se celebraba anualmente como parte de los actos de estado y en el que intervino ilustrando a sus conciudadanos sobre los peligros del exceso y la falta de medida en un gobernante, es decir, el carácter contrario al ideal de la ética democrática vigente. Así, esta obra, como muchas otras más, celebraba los rasgos distintivos de un sistema político que había sido capaz de liderar Grecia en sus dos guerras contra el imperio persa. De ahí que debemos llamar la atención sobre el carácter pedagógico, y político del teatro trágico de Atenas en el siglo de la democracia de Pericles, el siglo V.

Hecha esta advertencia, examinemos ahora, como planteábamos en la introducción, el contenido de *Edipo rey* de Sófocles para intentar entender qué ocurrió en España durante cuatro días escasos. Con tal intención analizaremos las diversas situaciones de la tragedia y las compararemos con las circunstancias vividas entre el 11 y el 14 de marzo en nuestro país.

La tragedia arranca con la entrada en escena de Edipo. Allí le espera un grupo de niños dirigidos por un sacerdote ya anciano que va a describir la angustiosa situación que vive

Tebas. En efecto, la ciudad se encuentra asolada por una especie de maldición, en griego un *miasma*, que mata a los ciudadanos e impide que los campos y las mujeres procreen. El asunto, como puede comprenderse, ha llegado a ser de vida o muerte, y, de hecho, más adelante se nos hablará de que la ciudad perece. Pues bien, Sófocles nos presenta a Edipo, el primero en hablar, preocupado por el aspecto que traen sus ciudadanos, y enseguida se pregunta, como buen legislador que hasta el momento había sido, cuál es la causa que lleva a los niños ante él, porque ha visto situaciones desconocidas en la ciudad (vv. 4-7):

Pues la ciudad rebosa a la vez que de inciensos,
de súplicas a Peán sanador y de gemidos,
y puesto que yo, hijos, no considero justo escucharlo
por un mensajero cualquiera, aquí estoy.

La descripción de la ciudad incluye los inciensos purificatorios, las plegarias a Peán, un dios de la curación que acabó siendo confundido con Apolo y Asclepio, y los gemidos de las familias llorando a sus difuntos. Y en este momento de tal aflicción, el gran Edipo se presenta porque quiere conocer de primera mano los sucesos. Esta presentación de Edipo no ha de resultarnos ilógica, pues evidentemente el protagonista ya sabía qué venía ocurriendo en su propia ciudad. Más bien la intención de Sófocles es iniciar la imagen del buen gobernante, un hecho que resultará crucial cuando comprobemos que este carácter se volverá contra Edipo y le llevará a la perdición. La seguridad que transmite el rey dada su intachable disposición aumenta la tragedia de su caída final.

A continuación, el anciano sacerdote expone detalladamente para Edipo, es decir, para nosotros, todos los males que afectan a Tebas (vv. 22-30):

Pues la ciudad, como tú mismo ves, demasiado tiempo ya se conmueve, y no es capaz todavía de sacar la cabeza de los abismos, ni de la ensangrentada turbación, pereciendo en las fructíferas semillas de la tierra, pereciendo en los rebaños de bueyes y en los partos sin hijos de sus mujeres; el dios pestífero, la odiosa plaga, habiendo caído sobre ella ataca la ciudad, por cuya causa se vacía la casa de Cadmo y el negro Hades se enriquece con gemidos y lamentos.

Esta descripción de las desgracias de la ciudad, simbólicamente muerta en sus campos y mujeres estériles, da paso a la lógica esperanza de que el líder del estado encabece, con su saber hacer y su mejor perspectiva, la solución a cuantos problemas se abaten sobre la comunidad. Por eso, a continuación, el sacerdote expone los méritos que habían llevado a Edipo a ser elegido rey tras el asesinato de Layo, méritos que, como veremos pronto, pueden asemejarse a algunos hechos ocurridos en nuestro país (vv. 31-39):

No porque ahora te consideremos igual a los dioses ni yo ni estos niños, estamos aquí sentados como suplicantes, sino por estimarte el primero de los hombres en las desgracias de [la vida y en los caprichos de las divinidades; tú que, cuando llegaste a la ciudad de Cadmo, la liberaste del tributo que pagábamos a la dura cantora, y tal obra sin conocer por nosotros nada ni habiendo sido enseñado, sino que, con la ayuda de un dios se dice y se cree, nos arreglaste la vida.

En efecto, tras las primeras noticias oídas por todos de que una bomba al menos había estallado en la estación madrileña de Atocha a una hora de la mayor afluencia de viajeros, qué

otra opción podía caber a la ciudadanía que ponerse en manos de los gobernantes para disponer de los medios humanos, sanitarios, policiales, apropiados para tal atentado. Es más, según crecía el número de víctimas y la atribución del atentado a la ETA se generalizaba, el Presidente de Gobierno que había sobrevivido a un atentado de la banda terrorista y había logrado durante el último año atenuar sustancialmente el número de ataques, se mostraba como la persona más apropiada para luchar de nuevo contra esta horrible catástrofe, este miasma que ha asolado muchas familias desde hace cuarenta años.

Por eso el anciano, encabezando con su sabiduría una representación de las generaciones más jóvenes e inexpertas de tebanos, llama a Edipo a la acción para que nuevamente logre encauzar la ciudad (vv. 46-51):

¡Vamos, tú el más noble de los mortales, haz resurgir la ciudad!
¡vamos, ponte en guardia!; pues ahora a ti esta tierra
te llama salvador por tu anterior benevolencia;
que de ninguna manera vayamos a recordar tu mandato
por ponernos en pie y recaer más tarde,
sino por restituir la ciudad con firmeza.

Ese discurso del anciano sacerdote como voz del pueblo de Tebas no ha dejado de recordarnos el hecho que llevó a Edipo al poder, su victoria sobre la funesta Esfinge, que trajo como consecuencia la vuelta a la vida normal, el resurgir de la ciudad tras ese periodo catastrófico. Sin embargo avisa que es necesario actuar ahora con la misma diligencia que entonces e insinúa, en el más puro estilo de anticipaciones de la tragedia, que todo lo hecho anteriormente por el rey puede quedar olvidado por un fallo en esta nueva crisis. O sea, que se le exige al gobernante volver a actuar según él mismo se ha presentado al

comienzo de la obra y se le advierte que el pueblo ni olvidó una cosa ni tendría por qué olvidar la otra.

Así, la situación que vivieron Madrid y el resto del país durante los días más aciagos del terrorismo en España se condensa perfectamente en estas dos intervenciones que encabezan la obra. Porque, una vez perpetrado el terror, el gobernante hubo de presentarse inmediatamente ante los ciudadanos como leal servidor presto a tomar las medidas necesarias para llevar a buen puerto dentro de lo posible el desastre reinante. La ansiedad que manifiesta el sacerdote no ha de ser muy distinta de la que muchos de nosotros sentimos en aquel momento, y si bien es indudable que la mitológica posibilidad de desaparición de la ciudad cadmea no es igualable a los atentados de Atocha, sí es cierto que el golpe dado recibió dimensiones realmente fuera de lo común para una población tristemente acostumbrada a golpes terroristas desde hace tanto tiempo.

Pero, más importante y especialmente premonitorio, ese anciano que encabeza las nuevas generaciones de tebanos, el futuro, da aviso de que esta ocasión, como aquella en la que se luchó victoriosamente, ha de terminar también en triunfo. Y basta recordar en nuestra historia reciente, durante la campaña electoral sin ir más lejos, la insistencia del gobernante en proclamar su éxito en la persecución de nuestra propia banda terrorista y los honores logrados al luchar incansablemente por la defensa de un Estado digno del mayor de los parabienes. La esfinge terrorista nacional estaba a punto de ser vencida, la internacional había recibido un durísimo golpe que alejaba al país de sus zarpazos y estos datos permitían confiar en nuestro Edipo, el superviviente de un atentado, prueba máxima de su calidad como luchador de esta guerra, a la hora de resolver lo que parecía en un principio otra matanza del terrorismo nacional.

Volviendo al texto de Sófocles, responde Edipo a las expresiones de angustia del sacerdote con una reafirmación de su carácter: de hecho, se expresa en términos muy conmovedores que superan lo estrictamente político o gubernativo para alcanzar un grado mayor de compenetración con sus ciudadanos (vv. 58-64):

Hijos dignos de piedad, anhelantes de cosas conocidas y no
[desconocidas]
habéis venido a mí; pues bien sé que todos
sufrés, y aun sufriendo, como yo
no hay de vosotros quien sufra de la misma forma.
Pues vuestro dolor se dirige a uno solo
por cada uno y a ningún otro, pero mi
alma por la ciudad, por mí, por ti igualmente llora.

Tengamos en cuenta, además, que Edipo venció a la Esfinge en una situación fortuita, pues él llegó al territorio tebano y allí topó con ella. Pero, en esta ocasión, no es una casualidad que el rey acuda a escuchar a sus súbditos ni tampoco se presenta ante ellos según un orden de cosas habitual, sino que la situación supera de tal manera tanto lo accidental como lo rutinario que se hace necesario un acto consciente, voluntario e íntegro para abordarla. Además, el relato de la catástrofe que vive Tebas tiene la virtud de ofrecer al rey la oportunidad de entregarse en cuerpo y alma a la salvación de la ciudad, y, en efecto, tras escuchar la exposición minuciosa del grado de necesidad en que se encuentra el estado, Edipo crece como gobernante y apuntala un carácter juicioso, honrado y cabal. Sófocles, por tanto, nos ofrece en estos pocos versos un modelo del ideal del ciudadano ateniense.

Después prosigue Edipo explicando su método de actuación: como no ha sido capaz de encontrar una razón para tal infortunio, se ha decidido a enviar a su mejor consejero a Delfos, donde Apolo, el dios por excelencia de la indagación, con toda seguridad ha de dar las pistas oportunas que permitan solventar el problema (68-72)

La única curación que encontré examinando con cuidado
la puse en práctica: pues al hijo de Meneceo,
a Creonte, mi propio cuñado, a la pítica
morada de Febo envié para que averiguara qué
habría de hacer o decir para sanar yo a esta ciudad.

A continuación, confirmando todo el carácter antes demostrado, dice nuestro rey (76-77):

Cuando (Creonte) llegue, entonces yo sería un malvado
si no hiciera todo cuanto revelara el dios.

Estos dos versos introducen en la obra un concepto de tremenda importancia tanto en la tragedia como en la ética del estado democrático ateniense. Se trata de una pareja de adjetivos que clasifican el comportamiento cívico de los ciudadanos como honesto o miserable, en griego *kalós* y *kakós*, de una significación muy profunda; el primero es aplicado en general a los comportamientos, seres y objetos hermosos (significado originario), es decir, honrosos y admirables; el segundo adjetivo era utilizado para caracterizar a todas aquellas personas, cosas o acciones que pervertían ese ideal de comportamiento y aspecto.

De modo que el hecho de decir Edipo "yo sería un malvado si no hiciera cuanto revelara el dios", además de incluirlo por negación entre los buenos y honrados, señala el

comportamiento que un miserable, palabra que resonó en Madrid en algún momento de la crisis, tendría para con los sufrientes y ciudadanos en general en caso de no actuar bienintencionadamente.

El enviado a Delfos para saber por Apolo qué debía hacer Edipo es Creonte, su cuñado. Una vez aparece en escena, dado el secretismo con que éste quiere tratar el asunto, Edipo, le exige que abandone esa actitud y hable abiertamente para todos, algo insospechado, como ya sabemos, en nuestra crisis particular (vv. 93-94):

Habla para todos; pues de ellos mayor llevo
el dolor que de mi propia alma.

Y, de hecho, estos dos versos son una terrible premonición de lo que ocurrirá al final, pues su alma será la que ofrezca ocasión para que todos los ciudadanos se duelan por ella.

El caso es que contra la adversa situación de Tebas Apolo ha dado indicaciones claras del motivo por el cual la población se encuentra en tal tesitura y, aún más importante, declara la forma de librarse del miasma, que Creonte explica ante toda la ciudad en los siguientes versos (vv. 96 y ss.):

CR. Ordena el soberano Febo claramente
expulsar de esta tierra un misma, criado además en esta
misma región, y no alimentarlo hasta lo irremediable.

La aparición de Creonte cumple un doble papel: por un lado, demuestra que Edipo ha tomado las riendas de la situación al enviar a su máximo ayudante a Delfos con la intención de recibir la ayuda divina en forma de pistas sobre el origen de la desgracia; por otro, abre la puerta a la solución de la

crisis al trasladar al rey la enigmática respuesta de Apolo: la causa de la catástrofe está dentro de la propia Tebas. A partir de ahora, es obligación de Edipo investigar.

Y el caso es que esta vuelta atrás en el tiempo, lógica por otra parte, será confirmada poco después por otro personaje, Tiresias. Ya lo veremos.

En nuestro país, durante las primeras horas tras el atentado no había ningún indicio, si quiera remoto, de buscar más allá de la ETA como culpable. El golpe recibido sólo permitía, en los momentos iniciales de la crisis, esperar para tratar de hacerse una idea de la magnitud que alcanzaría la catástrofe, así que no había por qué pensar en las actuaciones del gobierno español en otros frentes, quizá la política internacional y la guerra librada un año antes con el apoyo expreso y activo, aunque no militar, a la misma. Por eso, la investigación del atentado, que parecía quedar en manos policiales, era un asunto estrictamente gubernativo.

Pero, volviendo a la tragedia de Edipo, el diálogo entre ambos mandatarios es de una actualidad irresistible, pues Creonte nos apuntó a los españoles el peligro de no atender a todas las posibles soluciones al enigma (vv. 108-111):

ED. ¿Dónde se encontrará esta
oscura pista de falta tan antigua?

CR. En esta tierra, afirmaba. Lo que se busca
se puede alcanzar, se pierde lo desatendido.

Y cuando ya termina esta primera parte de la obra, Edipo se dirige de nuevo a todos cuantos han aparecido en escena dando fin, también, a la conversación con Creonte y el sacerdote. Su última alocución antes de que se precipiten los acontecimientos es igualmente orgullosa y confiada, entregado como está a la causa de la ciudad y su salvación. De hecho, este último

momento antes de la primera intervención del coro lleva en sí mismo la semilla de la verdad que perderá al protagonista pero lo restaurará como héroe, mientras a nuestro gobierno lo perderá el descrédito de no asumir su responsabilidad (v. 132):

ED. Pero desde sus principios yo, por mi parte, lo desvelaré.

Tras esta primera escena en que Edipo ha asentado su imagen de persona adecuada no sólo para dirigir la ciudad sino para volver a restaurar su prosperidad en tiempos de infortunio, el coro aparecerá en escena.

La importancia para el teatro griego de este actor suplementario no sólo radica en jalonar diálogos y aportar información. Muchos expertos coinciden en señalar que, dentro de la ceremonia artístico-cívica que constituían los certámenes de teatro, la ciudadanía identificaba en muchas ocasiones las intervenciones del coro con lo que podríamos denominar el sentido común del sistema democrático ateniense. O sea, la tragedia de los argumentos era contrapesada por la medida de un actor comunitario que en sus palabras mostraba los componentes éticos esenciales del momento. Además, muchas de las reacciones tanto intelectuales como sentimentales que estas obras provocan en el público son expresadas por el coro, con lo que, de alguna manera, su inclusión en la obra encauza la percepción del espectador y, como decíamos en la introducción, también educa a los ciudadanos.

Volviendo a *Edipo rey*, la intervención del coro nos presenta, tras las invocaciones a los dioses defensores de la ciudad, una descripción de los males que la afectan (168-189):

¡Ay, de mí, que soporto innumerables
pesares! Todo el pueblo se me enferma,

y no hay lanza del pensamiento
con la que nadie se defienda. Pues ni la producción
de esta gloriosa tierra medra ni en los partos
aguantan las mujeres
los quejumbrosos esfuerzos;
a uno tras otro podrías verlo
como ave bien alada
levantarse más peligroso que un fuego irresistible
hacia la orilla del dios de la tarde.
La ciudad, sin contar con ellos, perece;
y los hijos yacen abandonados en la llanura,
con ellos traen la muerte, sin ser compadecidos.
Y, lo que es más, las esposas y además las madres encanecidas
gimen a lo largo del borde del altar unas de un lado, otras de
[otro,
suplicando por sus funestos padecimientos.
La súplica a Peán brilla
y (también) la voz llorosa al unísono.
Contra éstas, oh dorada hija de Zeus³,
envía tu hermosa protección.

Y no pensemos que este canto del coro simplemente repite cuanto nos ha descrito ya el anciano. Es necesario porque el coro de tebanos ha de mostrar su dolor y porque, a lo largo de la mañana del día 11, el número de víctimas aumentaba de manera vertiginosa y hacía crecer también los lamentos del coro de ciudadanos españoles.

A continuación, el coro aún volverá a pedir el amparo de los dioses en esta desgracia, concretamente invocando a Apolo, dios de la medicina, a Ártemis de nuevo y a Baco, dios patrono de la ciudad de Tebas.

³ Ártemis, diosa que protegía los partos y la infancia.

Después de esta primera intervención coral, Edipo, en una especie de transición hacia la siguiente escena, cuando aparece el adivino Tiresias, infunde ánimos a los ciudadanos: es el momento de proclamar las penas y castigos para quienes no colaboren debidamente en la solución del problema que plantea encontrar el miasma, la persona causante de semejantes desgracias. Por supuesto, la carga ética que suponen estas palabras y algunos juegos dramáticos respecto a la inconsciente implicación que el rey tiene en todo el problema, aumentan la fuerza conmovedora de este monólogo (216-243):

ED. Si quisieras aceptar mis palabras
al escucharlas y ayudar en la enfermedad,
obtendrías auxilio y alivio de los males.
Voy a hablar yo, que soy ajeno a esta historia
y ajeno también a los hechos, pues no mucho
podría investigar yo mismo al no tener ningún indicio.
Y ahora, pues (con todo) soy parte de los ciudadanos aun
[siendo el último ciudadano,
os proclamo a todos vosotros los Cadmeos lo siguiente:
quienquiera de vosotros que sepa a manos de quién
murió Layo hijo de Lábdaco,
a éste le ordeno referirme todo.
Y si él mismo tiene miedo de que por cargar la imputación
sobre sus hombros (será reo de muerte, quede tranquilo:
puede él mismo denunciarse sin peligro)⁴ como asesino,
pues no sufrirá nada
penoso salvo irse de esta tierra sano y salvo⁴.
Pero si alguien a su vez sabe que otro de tierra extraña
es el autor, que no calle; pues

⁴ Es muy importante dejar presente que Edipo acabará asumiendo todo cuanto ha dicho y que, por tanto, en la obra el coro se dará por satisfecho. Es más, desde ese punto de vista un monólogo semejante, tan escrupuloso en cada uno de los detalles que proclama, es necesario para demostrar la honradez final de Edipo.

pagaré recompensa yo mismo y se le añadirá mi gratitud. Aunque, por otra parte, si calláis, y alguno, atemorizado bien por un amigo, bien por sí mismo, desoye mi orden, lo que haré entonces es necesario que me lo oigáis: prohíbo que a este hombre, quienquiera que sea de esta tierra cuyo poder y gobierno detento yo, (nadie) le acoja o dirija la palabra, y que ni siquiera de los votos y ofrendas de los dioses se le haga partícipe, ni celebre los sacrificios; ordeno que todos lo alejen de sus casas en la idea de que es un miasma para nosotros, según el pítico oráculo del dios me reveló ahora mismo...

En estos momentos resulta de una fuerza especial el hecho de que el silencio sea tan irresponsable, quizá mejor delictivo, como ha de deducirse al ver a Edipo proclamar para quien oculte información el peor castigo posible para un ateniense: ser privado de su ciudadanía. En efecto, ser apartado de las ceremonias religiosas en una ciudad-estado griega del s. V era una suerte de destierro de la peor categoría. En aquella época, la religión era materia casi imprescindible a la hora de considerarse ciudadano, pues consistía en ritos y celebraciones principalmente públicas que culminaban la integración del individuo en la ciudad. La religión era un conjunto de actos comunitarios. Piénsese, además, que esta clase de religión es totalmente distinta a la salvación personal que otras religiones, entre ellas el tardío cristianismo, ofrecieron para satisfacer el instinto individualista de la especie humana, aspecto indudablemente mucho menos desarrollado en las religiones vertebradoras de sociedades⁵. Así pues, ser apartado del rito comunita-

⁵ Con todo, el cristianismo logró estructurar la vida social tanto como la personal tras la caída de la ideología imperial romana durante los siglos III y IV. Sólo los países con reforma protestante pudieron intentar devolver esta religiosidad concreta a su origen individualista.

rio es una forma de proclamar el destierro.

Por otra parte, la insistencia de Edipo, él que no sabe que él mismo es el miasma, en la gran ofensa que supone ocultar información aumenta la fuerza que el drama ejerce sobre el espectador, que conoce perfectamente la historia. Además, esta insistencia en la miseria del silencio⁶ se revela en nuestro caso como una tristísima premonición. Porque los datos que sobre Edipo nos ha proporcionado Sófocles hasta ahora no hacen pensar de ninguna manera que vaya a traicionar sus palabras y vaya a estafar también a sus súbditos, su coro. Y si el coro, toda vez que se le exige colaboración, llegara a comprender que Edipo no contó cuanto sabía, exigiría, mediante un cambio de rumbo en la tragedia, una condena efectiva de tal deslealtad. Y es necesario recordar cómo en nuestro país se acude como vía de solución muy importante para todo tipo de atentado, más cuando las dimensiones del de marzo eran tan horrendas, a la colaboración ciudadana, es decir, a aportar cualquier información que ayude a la captura de los culpables, sean quienes sean. Interesante el olvido que el Ejecutivo tuvo de la colaboración gubernamental con los ciudadanos.

Por concluir estas ideas, es igualmente revelador para la obra y para nosotros el hecho de que en primer lugar se anuncien las penas para los silenciosos y queden para el segundo las propias de los autores. El asunto no es casual, como puede suponerse, y responde a la misma acción dramática. De hecho, tal como sabemos, es una tragedia de reconocimiento, *anagnórisis* en griego, pues Edipo ha de acabar sabiendo que es él quien ha cometido los horribles crímenes que han llevado a tal drama para sus gobernados. Así pues, escuchar las penas correspondientes a los que saben y callan resulta un paso lógico para el

⁶ Recordemos aquí lo dicho anteriormente a propósito de las palabras *kalós* y *kakós*.

espectador según la naturaleza misma de la obra. Y es que ahora, en los versos siguientes, Edipo se va a anunciar a sí mismo los castigos a que deberá someterse, él que promete aplicar la ley incluso con sus allegados. Veamos qué dice nuestro protagonista (vv. 246 y ss.).

Suplico que el autor, bien
si fue uno a escondidas o junto con más,
siendo como es un malvado, pase malamente una vida
[desventurada.

Es más, imploro que si apareciera en mi casa
como residente a sabiendas mías,
sufra yo exactamente cuanto hace un momento os he
[prometido.

A vosotros todo lo siguiente os mando cumplir
por mí, por la divinidad, por esta
tierra tan estérilmente y sin dioses consumida.

Pues aunque la investigación no fuera promovida por un dios,
sería injusto que dejarais (el asunto) como estaba, sin purificar,
habiendo perecido un hombre intachable y además rey vuestro,
sino que habría que investigarlo. Y ahora, puesto que gobierno
[yo

con los poderes que aquél tuvo antes,
con el lecho y mujer⁷ que él tuvo,
una comunidad de hijos comunes, si a aquél su descendencia
no le hubiera fracasado, habría yo engendrado
-que contra su persona se lanzó la suerte-;
Por todo eso yo, como si fuera en favor de mi padre,
combatiré esto y recurriré a cualquier medio

⁷ Estos versos son de especial dramatismo, pues en la hora en que todo el proceso de investigación se inicia con las penas para culpables y ocultadores ya consignadas, es cuando él mismo habla de que será capaz de arrostrar esas penas si es culpable de obra u omisión y recuerda, al mismo tiempo, los hechos fundamentales del miasma: es hijo del rey, está casado con su madre y ha tenido hijos-hermanos con ella.

procurando capturar al autor del asesinato
en ayuda del hijo de Lábdaco, a su vez hijo de Polidoro,
que era hijo del antepasado Cadmo, descendiente del antiguo
[Agenor.

Y para quienes no lleven a cabo esto suplico a los dioses
no hagan brotar cosecha alguna de sus tierras
ni hijos de sus mujeres, sino que en la desgracia
actual perezcan y aun en una peor que ésta.

Y a vosotros, los demás cadmeos, a cuantos
esto os parece bien, que la Justicia, nuestra aliada,
y todos los dioses os sean propicios para siempre.

Con este discurso termina la presentación del buen gobernante, del héroe que, sin indicio alguno salvo lo que el espectador sabe, va a resultar ser autor y víctima de la tragedia. Pero no adelantemos acontecimientos. No cabe ninguna duda de que el coro tebano ha de sentirse satisfecho con la actitud de Edipo, que dirigirá personalmente la investigación, y con las medidas que ha prometido adoptar respecto a culpables y traidores. De hecho, tras este último detalle de la presentación del héroe, que ha abarcado tanto los primeros pasos en la toma de decisiones como la última manifestación de carácter y buen juicio gubernativos, las cosas ya están claras en Tebas. El proceso de investigación avanzará inexorable hasta alcanzar la verdad de los hechos para lograr restituir la benevolencia de los dioses y la prosperidad de los ciudadanos.

Como hemos podido ver ya, los argumentos y circunstancias de los líderes de ambas tragedias se asemejan lo suficiente como para que los coros de ciudadanos tebanos y españoles queden confiados a la espera de la solución que purifique los desastres. Por un lado, es obligado que cualquier dato sea comunicado a los investigadores, pues, como se ha dicho en la tragedia, "lo que se busca / se puede alcanzar, se pierde lo des-

atendido" Al mismo tiempo, es ineludible para los gobernantes asumir la dirección y la gestión de las crisis de sus respectivos pueblos, so pena de no mostrarse como los gobernantes honrados y cabales que se supone son. Por otra parte, la promesa de una justicia que devuelva las cosas a su cauce representa la purificación imprescindible.

Sin embargo, como veremos en el siguiente capítulo, tanto el hecho de conocer el mito como la perspectiva histórica que conceden las horas y los días en cada caso arrojan profundas sombras sobre la luz que inicialmente se nos promete al final del túnel. Porque, en nuestro caso, la lucha sin cuartel contra un terrorismo hispano que está alcanzando rango de enemigo internacional (inclusión de HB y ETA en las listas de terroristas internacionales, búsquedas -en teoría por parte de las más reconocidas agencias centrales de investigación- de esos criminales que atentan contra los derechos fundadores de nuestra esencia democrática, etc.) fueron la causa del olvido de otras vías posibles de investigación. Tanto la ignorancia de Edipo como la obcecación de quienes debían ser más cautos que cualquier ciudadano español son el anticipo de la tragedia final. Recuérdese, si no, el papel que desempeñó la encargada de relaciones internacionales de nuestro gobierno exigiendo, previamente a cualquier prueba, la condena de la ONU de los terroristas habituales en nuestra tragedia nacional, la ETA.

La tragedia ya está planteada: Edipo, impensado causante de cuanto ha traído la desolación a su ciudad, indagará hasta sacar a la luz al culpable, él mismo, de todas las desgracias de Tebas. Nosotros los espectadores lo sabemos; él no. Pero, aun conociendo el fondo del asunto, no podemos conjeturar por dónde avanzará la revelación de los hechos. Es más, hasta ahora el drama nos promete un final sorprendente, pues tan leal servidor de su pueblo se nos presenta como auténtico héroe, es decir, como aquél que ha de salir, de alguna manera, prestigiado de la tragedia. Así sucede con los dos primeros héroes griegos, Héctor y Aquiles. El primero, tras la magmática exposición de virtudes a lo largo de toda la *Ilíada*, especialmente en el canto VI al encontrarse con su esposa e hijo, morirá en un final lleno de ética y compromiso. El segundo, cuando asume que, vengar en Héctor la muerte de su fiel Patroclo le acarreará una muerte prematura pero muy honrosa.

De manera que, cuando en los siguientes episodios de la tragedia griega nos encontremos con tan amargas y sorprendentes formas de revelar las cosas, con las reacciones, además, que tales datos desencadenarán, de alguna manera hemos de vislumbrar la sombra de los lejanos héroes homéricos. Sin embargo, es difícil decir si el final de Madrid fue tan heroico.

Recapitulando, Edipo se ha hecho cargo del problema, es decir, ha puesto toda su inteligencia y voluntad al servicio de la investigación. Sea quien sea, si alguien calla u obstaculiza las pesquisas, el rey actuará con toda energía; el culpable, por supuesto, también será castigado en su justa medida.

Nos encontramos a continuación con el primer paso efectivo de las indagaciones que se van a llevar a cabo. Edipo,

dando nueva prueba a sus súbditos de su diligencia, ha hecho llamar a Tiresias, quizá el más famoso de los adivinos trágicos, que, como decía Homero, conoce lo que es, lo que ha sido y lo que será. Su aparición en escena está precedida por un breve diálogo entre Edipo y el corifeo o director del coro, que se encarga de participar en su nombre durante los pasajes declamados. Esta conversación pone de relieve la colaboración ciudadana de los tebanos en la investigación y destaca, a su vez, el ansia de Edipo por recoger cualquier prueba o indicio para solucionar la crisis. En un momento del diálogo se dice (282 y s.):

CORIF. Y en segundo lugar te diría qué me parece.

ED. Y si aún hubiera una tercera cosa, no dejes de decírmela.

No es ésta una frase al azar, como demuestra en nuestro propio país la ya mencionada colaboración ciudadana. De hecho, hubiera sido importantísimo esclarecer esa actitud popular en la comisión de investigación creada en el Congreso de los Diputados: las primeras pistas, las llamadas aportando datos, las líneas de investigación que en principio fueron establecidas como más sostenibles... La tragedia nos recuerda, además, aquellas primeras informaciones que alcanzaron Tebas cuando Layo perdió la vida, pero lo relevante de esta puesta al día trágica es la actitud que revela en Edipo (290 y s.):

COR: Y además el resto son rumores tontos y viejos.

ED. ¿Cuáles son éstos? Pues examino toda murmuración.

Como el lector puede comprobar, el carácter trágico que hemos comentado hace un momento queda perfectamente manifestado en estas palabras. Es así como se inicia una investigación, pues casi toda referencia, por vaga que sea, ha de ser

útil aun para saber que no es válida y que elimina caminos equivocados.

Es ahora cuando, como segunda opinión, el corifeo sugiere convocar a Tiresias, aunque Edipo ya le había mandado llamar. Su aparición, como veremos, es la más esperada medicina y con ella se tiene la idea de que la solución ha de ser relativamente fácil de encontrar. Pero no queda ahí la cosa, pues esta aparición es precedida de ese recuerdo de las primeras informaciones, que más tarde resurgirán cuando Edipo ya esté abocado a los más dramáticos datos (292 y s.):

COR. Que murió, se dijo, a manos de unos caminantes.

ED. También lo he oído yo; a quien lo vio, sin embargo, nadie
[lo ve^{II}.

Como ya sabemos, esta pista es equivocada, y de hecho es la cuestión clave de la investigación: los tebanos asumieron, no tenían por qué dudar de quien les informaba, que fueron varios los implicados en el crimen. La falsedad evidente para el espectador se revelará incluso más trágica cuando, de aquí a pocos versos, Tiresias desborde cualquier expectativa al proclamar que Edipo es el único culpable.

A continuación Edipo presenta a Tiresias con las más elogiosas palabras y nos prepara para la gran decepción que supondrá escucharle (300-304 y 310-315):

ED. Tiresias, que reflexionas sobre toda cosa, enseñada,
secreta, celestial y terrena,
respecto a la ciudad, aunque no veas, intuyes sin embargo
de qué enfermedad es víctima; de ella guía
y salvador único, señor, te consideramos...
Así pues, tú, sin evitarnos augurio de pájaro
ni cualquier otra senda mántica que poseas,

sálvate a ti y a la ciudad, sálvame a mí,
sálvanos de todo miasma del muerto.

Pues en tus manos estamos; que el prestar ayuda un hombre
a partir de lo que tenga y pueda es la más noble de las
[penalidades.

Y, sin embargo, la desesperada y completa entrega a quien parece haber venido a terminar con el problema se convierte en el aldabonazo inicial de la tragedia. De hecho, en Madrid se conoció algo muy parecido cuando las primeras fuentes apuntaban a ETA y resultó que esas impresiones iniciales quedaban públicamente desmentidas por una fuente quizá odiada, al contrario de lo que leemos sobre Tiresias, pero lamentablemente bien informada. En el caso de Edipo, el comienzo de la tormentosa intervención del adivino ciego ya es suficiente pista de que nada va bien (316-321):

TI. ¡Ay, ay! ¡Qué terrible es tener conocimiento cuando no hay provecho para quien lo tiene! Pues, yo que sabía bien todo esto, lo olvidé, ya que (de recordarlo) no hubiera venido aquí.

ED. ¿Qué es esto? ¡Qué descorazonado has venido!

TI. Déjame marchar a casa; mejor llevarás tú lo tuyo
y yo lo mío si me haces caso.

La brecha entre lo que anunciaban las palabras de Edipo en la presentación del adivino y las primeras frases de éste es tan abrupta que a partir de aquí sólo nos queda toparnos con un cambio de carácter, sea cual sea, en el personaje de Edipo. Así, el desconcierto y la estupefacción que surgen cuando ve que aquél que consideraba su mejor arma contra el mal se ha presentado como esquivo y, en el fondo, fatídico oráculo en contra, dejarán paso a todo cuanto supone en un gobernante la posición de soberbia y altanería que lleva a no escuchar a los informantes y a

suponer conspiraciones entre sus amigos y sus enemigos. Pasmosa similitud con lo vivido en nuestro país. Pero veamos este rápido paso de un estado de ánimo a otro (326-373)

ED. Por los dioses, si lo sabes no te vuelvas, pues todos te rogamos de rodillas como suplicantes

TI. Porque ninguno recapacitáis. Pero yo jamás desvelaré mis males, por no llamarlos tuyos.

ED. ¿Qué dices? ¿Sabiéndolo no lo dirás, sino que piensas traicionarnos y arruinar la ciudad?

TI. Yo ni a ti ni a mí causaré daño. ¿Por qué preguntas inútilmente? No lo sabrás por mí.

ED. ¿Tú, el peor de los malvados⁸, que la naturaleza de una piedra llegarías a irritar, no me lo vas a decir por fin, y te nos mostrarás tan duro e inflexible?

TI. Mi irritación tú me reprochaste pero, al mismo tiempo, la
[que habita en ti

no la ves, sino que me reprendes.

ED: ¿Pues quién no se irritaría al oír tales palabras, con las que ahora ultrajas esta ciudad?

TI. Llegarán ellas mismas aunque las cubra con mi silencio.

ED. En ese caso, eso que ha de llegar también has de decírmelo
[tú.

TI. No creo que te diga más... Ante esto, si te apetece, enójate hasta perder la cabeza.

ED. Desde luego nada callaré, tan fuera de mí estoy, de lo que pienso. Pues has de saber que me parece que también has tramado aquel crimen, y que lo llevaste a cabo, sólo que no matándole con tu propia mano. Que si por casualidad
[vieras,

⁸ Hace un momento, verso 315 y siguiente, Edipo había dicho "el prestar ayuda un hombre / a partir de lo que tenga y pueda es la más noble de las penalidades". Obsérvese cómo ahora enfrenta la nobleza de la entrega a los demás con la idea de que Tiresias es el peor de los malvados por no colaborar. Por supuesto, en griego los dos pasajes incluyen la pareja de adjetivos ya mencionados, ambos en grado superlativo.

podría afirmar que todo fue sólo obra tuya.

TI. ¿De verdad? Pues te conmino a mantenerte fiel a la orden que decías, y desde el día

de hoy no nos dirijas la palabra ni a éstos ni a mí, porque eres la impía monstruosidad de esta tierra.

ED. ¿Tan desvergonzadamente has proferido tal cosa? ¿Y cómo piensas rehuirlo?

TI: Ya he escapado; porque sustento la verdadera fuerza.

ED. ¿De quién la has aprendido? Pues, desde luego, no es cosa [de tus artes.

TI. De ti, que tú me empujaste a hablar aunque yo no quería.

ED. ¿Hablar de qué? ¡Dilo otra vez para que lo aprenda bien!

TI. ¿Es que no lo has entendido antes? ¿O pones a prueba mis [palabras?

ED. No como para decir que me he enterado. ¡Pero dilo otra [vez!

TI. Afirmo que tú eres el asesino del hombre cuyo asesino [quieres encontrar^{III}.

ED. De ninguna manera dirás impunemente dos veces tales [insultos.

TI. ¿Aún habré de continuar para que te encolerices más?

ED. Di cuanto quieras, que será en vano.

TI. Sostengo que desconoces cuán indecentemente te comportas con tus seres más queridos, y que no ves en qué [punto de miseria estás.

ED. ¿Acaso crees también que dirás siempre tales cosas con esa [alegría?

TI. Sí, si algo de fuerza hay en la verdad.

ED. La hay, pero no para ti; porque tú no la tienes, pues ciego de oídos, inteligencia y ojos eres.

TI. Y tú, un desgraciado al recriminarme lo que todos te reprocharán muy pronto.

Después de unos versos que inciden en lo ya dicho, el diálogo vuelve a cobrar la suficiente actualidad (378- 462):

ED. ¿Son de Creonte o de quién estas invenciones?

TI. Creonte no representa para ti ningún daño, sino tú para ti
[mismo.

ED. ¡Oh riqueza, poder y arte que al arte
sobrepasas en esta vida llena de envidias!
¡Cuánta envidia se esconde entre vosotros
si por este gobierno que la ciudad
como ofrenda, no por reclamarlo, me entregó,
de ella el leal Creonte, desde el principio mi amigo,
acechándome a escondidas desea expulsarme,
sobornando a este brujo artero,
mentiroso charlatán, que únicamente en las ganancias
tiene puesto el ojo pero en su arte nació ciego.
Pues, ¡vamos, dime! ¿De dónde sacas tú que eres un adivino
[infalible?

¿Cómo es que, cuando la perra cantora estaba aquí,
no proclamaste algo liberador a estos ciudadanos?
Desde luego, el enigma no era para que un cualquiera
lo aclarara, sino que se necesitaba de la adivinación
que tú, insigne, ni de las aves
ni por los dioses tenías conocida. Pero cuando llegué yo,
Edipo el que de nada sabe, acabé con ella
tras hallar (la solución) por inteligencia, no aprendiendo de las
[aves.

(Edipo), ése al que intentas desterrar con la idea de
colocarte junto al trono de Creonte.
Me parece que tú y el que ha dispuesto todo llorando
expiaréis (vuestro intento); Y si no me parecieras un viejo
con tu propio sufrimiento aprenderías exactamente eso que
[tramas.

CORIF. A nuestro modo de ver, tanto sus palabras
como las tuyas, Edipo, parecen haber sido dichas por despecho.
No necesitamos de ellas, sino examinar cómo
resolveremos mejor los vaticinios del dios.

TI. Aunque seas el rey, habrá que ponerse a tu altura

para responderte de igual a igual porque yo también soy dueño
[de este (derecho)].

Y es que no vivo como un servidor tuyo, sino de (Apolo) Loxias,
conque tampoco habré de aparecer entre los partidarios de
[Creonte.

Y te digo, ya que tú me echas en cara que soy ciego,
que tú sí tienes vista pero no ves en qué punto de miseria estás,
ni dónde resides ni entre quiénes vives.

¿Acaso sabes de quiénes descienes? Y se te escapa lo odioso
[que eres

para los tuyos de bajo tierra y para los de aquí arriba
Y, con doble golpe por venir de tu madre y tu padre,
te ha de expulsar un día de esta tierra una maldición inexorable,
a ti que ahora ves perfectamente y después sólo verás tinieblas.

De tu llanto, ¿cuál no será el puerto de refugio,
qué Citerón no resonará al momento
cuando descubras la boda hacia la que, injusta,
navegaste encontrando una travesía feliz?

Y no acabas de conocer la multitud de otros males
por los que te igualarás a tus hijos.

Y, a la vista de esto, injúrianos a Creonte y a mí,
que entre los mortales no hay
quien jamás vaya a ser aniquilado más miserablemente que tú.

ED. Pero, ¿es que se puede soportar oír esto?

¿No te irás de mi vista? ¿Y rápidamente? ¿No te marcharás
volviendo sobre tus pasos lejos de esta casa?

TI. No habría venido yo si no me hubieras llamado.

ED. Es que no sabía que dirías locuras, ya que
difícilmente te hubiera mandado llamar a mi casa.

TI. Así de absurdos, según entiendes, somos,
pero a tus padres, que te trajeron al mundo, les parecimos
[sensatos.

ED. ¿A quiénes? Espera⁹. ¿Qué mortal me engendró?

⁹ De aquí surge la caída final que llevará al final feliz, a la catarsis. Esto no ocurrió en Madrid. Y es que Edipo, pese a su ataque de cólera, es un buen gobernante que vislum-

La figura de Tiresias encarna para nosotros muchas de las cosas que sucedieron una vez conocida la magnitud del atentado de Atocha. Para ordenar los hechos, recordemos que en un primer momento lo más natural había sido pensar que la ETA era la autora del atentado, pues las primeras cifras de víctimas, cuando sólo podía llegar una confusa marea de rumores al encender el aparato de radio, apuntaban a la repetición de la salvajada de Hipercor. Por otra parte, podía sospecharse que el motivo de ese nuevo atentado etarra durante el periodo electoral era echar al electorado hacia la derecha para así revitalizar el terrorismo vasco tras una victoria del PP mayor de la prevista. En consecuencia, las primeras ideas y sentimientos suscitados en aquellas horas iniciales habrían acudido sin más a la honestidad alcanzada durante ocho años de continua pelea contra los etarras. Pero el caso es que, según los nuevos datos colocaban muertos a las espaldas de los asesinos, una cierta incredulidad brotaba en algunas cabezas. Sabíamos que la ETA había perdido una furgoneta ya preparada con suficiente explosivo como para volar medio polígono industrial, pero justamente tal victoria constitucional y el año y pico de evidente debilidad causada por las recientes leyes antiterroristas hacían más increíble que los etarras pudieran haber preparado un segundo golpe con tanta celeridad.

Y he aquí que a media mañana una fuente de indudable solvencia en lo que se refiere a ETA nos dice que la banda terrorista vasca no tiene nada que ver con el atentado. Tiresias acaba de presentarse en escena planteando las primeras dudas realmente razonables dado su carácter y su actuación bien distinta cuando era ETA la que realmente atentaba.

No podemos decir que los gobernantes se irritaran como Edipo, pero sí es cierto que ningún ministro o portavoz oficial se presentó ante los periodistas para valorar en su justa

medida una afirmación tan importante, dados, repetimos, los antecedentes de ese mismo personaje cuando era la ETA quien atentaba.

Aunque la semejanza del papel de Tiresias con nuestra obra no sólo se queda aquí. El tremendo diálogo entre Edipo y el ciego también puede servirnos para hacernos comprender los vericuetos de las decisiones tomadas al más alto nivel. Imaginemos que nuestros gobernantes hubieran tenido frente a sí investigadores del máximo crédito siguiendo pistas que comenzaban a indicar hacia otros ejecutores. La posición tomada inicialmente no fue corregida, y de hecho algunos recordamos al Ministro de Interior haciéndonos pensar el sábado a la hora de comer no sólo que la pista más verosímil seguía llevando hacia la ETA, sino que no podía considerarse como moralmente digno al ciudadano que se empeñara en desdeñar al Gobierno, máxima autoridad en este tipo de cuestiones.

E imaginemos también la paulatina desconfianza que hubo de producir el investigador tenaz y serio que seguramente reafirmaba la importancia que a cada minuto asumían las pistas que nos entregaban como víctimas al terrorismo árabe: el recuerdo de ese lastimoso comunicado de internet en Londres y los inevitables rumores que levantaba la furgoneta con un teléfono móvil y una cinta en la que aparecían grabados versos coránicos... Es entonces cuando aparece en ese supuesto diálogo, ahora ya auténtica discusión, la ira de quien ve que las cosas no son como parecían. No es posible afirmar que en estos momentos comenzara el cálculo político que asociaba los hechos y los autores con las elecciones, pero sí se puede intuir que hubo cálculos electorales: cuando se habló de que el partido de la oposición estaba intrigando vergonzosamente para alterar el resultado de las elecciones es porque ya se había echado la cuenta de la influencia del atentado y las declaraciones guber-

nativas respecto a lo sucedido. Y si se vio la posibilidad de que alguna palabra o actitud fuera de lugar podría restar votos, no hemos de dudar que se reconocía, en esos cálculos, que había habido palabras o actitudes fuera de lugar.

La obra difiere de la realidad, pues el papel de buen gobernante asignado a Edipo continúa vigente cuando desprecia de manera tan aparentemente lógica a Tiresias: ¿dónde estabas cuando hiciste falta: muerte de Layo, adivinanza de la Esfinge? Es más, el espectador sólo puede sentir cierta simpatía por un hombre tan justo que comienza a perder la prudencia de que había hecho gala hasta ahora. Y se entiende su ira cuando quien viene a dar soluciones dice cosas en apariencia imposibles e insultantes.

Lo que tenemos aquí es un compendio de todo aquello que pudo pasar por la mente del gobernante caso de haber tenido frente a sí personas tan pertinaces y constantes en su opinión. Y parece que lo ocurrido en realidad es que la cadena de informaciones, que a cada minuto rechazaba con más indicios la hipótesis de ETA, era sostenida y no enmendada hasta rozar la paranoia, pues comenzaba a establecerse la teoría de la deslealtad y de la falta de ética simplemente por dudar. El caso es que en España tenemos otra semejanza con Tebas: la persona acusada de deslealtad también fue la policía, lo cual es aún más grotesco, pues en miles de ocasiones, como Tiresias en Tebas, las felicitaciones para ella o la falta de reproches por alguna mala investigación en el mundo terrorista de ETA siempre habían colocado a los encargados de velar por el país en el mejor de los lugares dentro de la ética constitucional.

Aunque, como decíamos páginas atrás, éste sólo es el principio de los reveses. Aún llegarán peores noticias.

3

El viernes 12 de marzo la cuestión ya había sido decidida. Independientemente de las pistas que la policía y los servicios secretos investigaban el gobierno había convocado una manifestación bajo el lema "Con la constitución". Los indicios que habían aparecido en la mesa de los gobernantes no habían sido atendidos y la manifestación suponía cierta obligación para los políticos de otros partidos. Así, nadie habló demasiado alto públicamente a propósito de la pertinencia o no de tal encabezamiento para la convocatoria; y la sobrecogedora cantidad de personas que se reunió en todas partes no deja lugar a las dudas: fuera cual fuera la opinión sobre los datos que los diferentes Tiresias aportaban y que iban poco a poco saliendo a la luz, para el pueblo resultaba imprescindible apoderarse de las calles con el fin de sentirse ciudadanía responsable y solidaria. El coro de la obra madrileña ofreció un extremo cariño a los fallecidos y, podríamos decir, asumió también la obligación cívica encarnada en la constitución¹¹ que un estado de ciudadanos se había otorgado años atrás. Era el momento de interpretar el papel de persona honrada y cabal que distingue entre las servidumbres del poder y la ética más refinada.

¹¹ Es necesario aclarar que el lema "Con la constitución" fue anunciado cuando se consideraba principalmente la hipótesis etarra pero ya surgían dudas sobre su validez. Es más, tal encabezamiento de la manifestación hubiera resultado perfecto teniendo en cuenta lo contrario a la constitución española que resulta todo terrorismo, como comentaremos más adelante. Sin embargo, la impresión que dejaba el lema era de rapiña electoral, o sea, de estrategia orquestada para obligar a que todo el mundo cerrara filas con el papel que desempeñaba el Gobierno y hacer perder, de ese modo, carácter a los opositores, máxime cuando se convocaba para la noche del viernes y era, por tanto, imposible que el sábado los partidos políticos no gubernamentales explicaran otros puntos de vista sin ser acusados de aprovechar ese día trece, jornada de reflexión, como encubierta campaña electoral.

Y en esas estábamos cuando el coro hispano manifestó ciertas dudas, ese "¿quién ha sido?" que empezaba a caldear el ambiente. Y así también, el coro de ciudadanos tebanos albergaba, tras la sorprendente y severa intervención de Tiresias, dudas respecto a su situación real (vv. 484-497):

CORO. Terriblemente, desde luego, terriblemente
me trastorna el sabio adivino
y ni pienso ni niego (sus palabras)
y no sé qué diré.
Vuelo con mis esperanzas
sin mirar ni hacia aquí ni hacia atrás.
Pues, qué disputa hubo entre los Labdácidas
y el hijo de Pólipo
ni anteriormente lo supe ni ahora lo sé,
en virtud de la cual
me enfrente yo a la opinión general respecto a Edipo
(convirtiéndome en) vengador para los Labdácidas
de muertes no resueltas.

Es de especial importancia resaltar que las manifestaciones del día 12 fueron encabezadas por una frase que empezaba a sonar a "política", que abría la puerta de la duda. Y es que esa marcha tan sentida y tan cargada de ética constitucional, de esa ética ilustrada inseparable de los ilustrados derechos humanos, obligaba a mostrar consecuentemente cualquier sospecha de infamia o falta de nobleza en los protagonistas de la investigación. Por decirlo de otra forma, el lema imponía una actitud tan honrada que forzaba a mostrar las adhesiones, las perplejidades y las dudas, todo a la vez y como un conjunto ético completo

Y, sin embargo, este momento supone la separación de nuestras dos tragedias. Porque mientras en la griega el coro no

cae definitivamente en la desconfianza, en la de marzo el crédito echó a andar después de un día 12 lleno de titubeos. Y no es ésa la única diferencia. Como vamos a ver a continuación, los siguientes versos del coro nos muestran cómo los ciudadanos de Tebas no van a considerar nunca a Edipo un malvado, cómo Edipo ha logrado una fama de hombre justo, ese buen gobernante que ya vimos en el primer capítulo, que va a derribar cualquier posible vacilación en la opinión que sus súbditos tienen de él. De hecho, esta fidelidad es el fundamento del final feliz que, oculto entre tanto dolor y miseria, dejará en el espectador el carácter personal del infausto rey de Tebas. Veamos cuánto admiraban los tebanos a su rey (vv. 498-512):

Pero sin duda Zeus y Apolo
son inteligentes y conocedores
de las cosas de los mortales; sin embargo, que entre los hombres
un adivino ha de saber más que yo,
no es una máxima cierta;
y el caso es que con su sabiduría, un hombre podría
sobrepasar la sabiduría de otro,
aunque yo jamás,
hasta saber que lo dicho es correcto,
podría estar de acuerdo con quienes reprochen (algo a Edipo).
Pues a la vista de todos marchó contra él
en cierta ocasión
la alada muchacha y como un sabio fue considerado
en esa prueba y grato a la ciudad; por eso
en mi corazón nunca estará condenado por falta de nobleza.

La nobleza de carácter, la bonhomía que Edipo ha atesorado y que en ningún momento posterior le será retirada, da a la tragedia un tinte aún más importante, pues un tema fundamental del mito, tal como es tratado por Sófocles, es la impo-

sibilidad de considerar que una persona, por muy honrada, justa y buena que sea, esté libre de cometer una injusticia o atraer sobre sí la desgracia, ambas cosas involuntariamente. Pero lo que redimirá al héroe Edipo es su honradez, y las palabras del coro y los personajes más secundarios de la obra cuando todo haya sido revelado seguirán informándonos del cariño que el rey tebano ha cosechado gracias a su entrega y amor por la ciudad.

Como decíamos hace un momento, las divergencias entre ambos dramas comienzan aquí, aunque aún hemos de sorprendernos con otras semejanzas apasionantes. Quizá una de las más importantes sea el episodio con que continúa la obra tras el diálogo entre Tiresias y Edipo y esta última intervención del coro. Pues, en efecto, ahora hemos de situarnos en la jornada posterior a la noche de las manifestaciones, el día 13. Durante toda esa mañana arreciaron las noticias y comentarios que alejaban de la ETA la ejecución del atentado. Y, al mismo tiempo, nuestros Edipos también cargaban contra las personas que se negaban a confiar en la versión oficial a la vista de los nuevos datos que surgían a lo largo de la mañana. Así, cuando el Ministro de Interior se presentó a las tres de la tarde en una rueda de prensa, afirmó clarísimamente que la pista principal de la investigación seguía siendo la ETA. Es más, arremetió moralmente contra aquellas personas o grupos que se encastillaban en la "pista árabe", desatendiendo de esta manera las cautas y prudentes aseveraciones oficiales. Y, lo cual resultó aún peor, la catadura moral de los desleales sufrió lo suficiente como para haber podido responder a tales ataques éticos con mucha más fuerza que la saña empleada en reprobarlos, casi se diría infamarlos, por miserables.

En la tragedia sofoclea aparece nuevamente Creonte, al que Edipo había considerado un fiel compañero de fatigas antes de la intervención de Tiresias, es decir, antes de los primeros

indicios de que la realidad era distinta a lo que pretendían los gobernantes. Creonte, cuñado y tío a la vez de Edipo, sufrirá ahora los rabiosos ataques del rey al perseverar éste en la idea de que había tramado todo con el adivino ciego para derrocarlo. Veamos algunos fragmentos del diálogo entre ambos personajes (vv. 513-522):

CREONTE. Ciudadanos, tras haberme enterado de que
[terribles acusaciones
ha lanzado contra mí el rey Edipo
me presento por no poder consentirlo. Pues si en las actuales
[circunstancias
considera que ha sufrido por mi parte
de palabra o de obra algo que le perjudique,
no deseo una vida longeva
soportando tal rumor. Porque, para mí,
el daño de esta acusación
no conduce a algo simple,
sino hacia lo más tremendo, si voy a ser llamado en la ciudad
[un canalla
y además un canalla respecto a ti y mis amigos.

El pasaje muestra la pesadumbre que produce en Creonte la simple posibilidad de que Edipo sospeche una traición a su amistad. Y no iremos desencaminados si vemos un sufrimiento parecido como origen de las palabras de Edipo hacia Tiresias cuando el adivino echaba en cara al rey el ser motivo de las desgracias tebanas, porque para un gobernante como él es inconcebible la idea de traicionar si quiera ignoradamente a su pueblo, tan ignoradamente como matar a su padre y unirse a su madre.

Obsérvese, por otro lado, que la bonhomía ha de alcanzar todas las facetas de la vida, pues Creonte ha de ser recono-

cido como honrado por la ciudad en la que encuentra su razón común, por el rey, con quien tiene la mayor de las confianzas particulares y para quien desempeña la labor de máximo consejero, y por sus amigos, es decir, todos los campos de conducta que la ética griega estudiaba en la vida de una persona. Incluso podemos añadir que la serie de palabras pone de relieve esta idea teniendo a Edipo como bisagra entre las dos partes, la ciudad y la vida personal, pues en su trato con él se unen todas estas situaciones, actividad política, amistad y familia, con lo que realmente la villanía del supuesto comportamiento acarrearía para Creonte, efectivamente, el mayor de los desprecios tanto por sí mismo como por parte de sus ciudadanos y amigos.

Pero el corifeo sigue en su idea de considerar a Edipo un buen gobernante que ha cedido a la violencia de las circunstancias (vv. 523 y s.):

CORIF. Pero quizá esta recriminación vino
más por la fuerza de la irritación que por la reflexión de
· [la mente.

Obsérvese cómo los atenuantes son claros: no ha habido lugar para la reflexión porque la irritación ocupó el lugar que correspondía a aquélla. Y es que, cuando el personaje admirado cae en un error, las explicaciones que ofrece el admirador a propósito del mal comportamiento de aquél llegan a alcanzar la categoría de justificaciones. Pero continuemos con la tragedia (vv. 525-542):

CR. ¿Y quedó claro que lo que dijo era que
persuadido por mis planes mintió el adivino?
CORIF. Eso dijo, pero no sé con qué intención.
CR. ¿Con ojos serenos y mente clara

me acusó de esto?

CORIF. No lo sé, que yo no veo qué hacen los gobernantes.

Pero ya sale él mismo de su palacio.

ED. ¡Eh, tú! ¿Cómo es que has venido? ¿Acaso tienes tanto atrevimiento como para venirte

a mi palacio, siendo tú claramente el asesino de aquel hombre y manifiesto salteador de mi gobierno?

Vamos, di, por los dioses: ¿te decidiste a hacer esto al ver cobardía o locura en mí?

¿Acaso creyendo que no llegaría a saber que esta fechoría tuya me alcanzaba entre mentiras o no me defendería en caso
[de saberlo?

¿Es que no es una locura este intento tuyo de perseguir sin riqueza^{IV} y sin amigos el poder, que se gana con la multitud y el dinero?

Las palabras de Edipo, en verdad fuertes, han de sonar especialmente duras cuando llegan a ser declamadas. Pensemos en la impresión que produjeron en muchos conciudadanos nuestros esas declaraciones que no eran iguales pero sonaban a lo mismo, acusaciones fuera de lugar cuyo exceso no cabía defender mediante la falsa justificación de la prisa. En efecto, Edipo arremete contra su cuñado llamándole asesino, atribución desproporcionada que se volverá contra él como muchos pensaron en España que las censuras a la oposición se volvían contra el gobierno; también le acusa de ser un salteador, es decir, un bandido que desprecia todas las normas cívicas para alcanzar el poder, denuncia que hemos seguido escuchando después de las elecciones con demasiada frecuencia por parte de quines perdieron los comicios en lugar de acatar el dictado de las urnas, ejemplo máximo de convicción democrática; también aparece la denuncia del plan que convenció a Tiresias, es decir, el cálculo que habría hecho la oposición a partir de las conse-

cuencias del atentado de Atocha, cuentas que, como ya hemos dicho páginas atrás, los acusadores sin duda hicieron.

Pero continuemos con la obra de Sófocles. El diálogo entre Creonte y Edipo se desarrolla hasta que el primero logra que el segundo escuche una réplica coherente a los ataques irreflexivos del rey. Tras asumir que su situación en la ciudad es la de tercero tras Edipo y Yocasta, Creonte ha escuchado de Edipo que por ese puesto tan alto en el poder es peor su comportamiento. Entonces le responde Creonte (583-615):

CR. No, si me concedieras la palabra tal como yo a ti.
Examina esto en primer lugar, si crees que alguien
preferiría gobernar con miedo antes que
dormir tranquilo en caso de que tuviera el mismo poder.
Más bien ni yo nací anteponiendo
ser rey a actuar como rey
ni nadie que crea ser inteligente.
Pues ahora logro de ti cualquier cosa sin miedo,
pero si yo mismo gobernara haría muchas cosas contra
[mi voluntad.
¿Cómo, pues, me va a ser más placentero el gobierno
que un cargo sin sufrimiento y unido al poder?
Aún no me encuentro tan engañado
como para desear otra cosa que la felicidad con ventajas¹².
Ahora todo el mundo me saluda, ahora cualquiera me recibe,
ahora los que desean algo de ti recurren a mí^v;
pues para ellos obtener cualquier cosa consiste en eso.
¿Cómo, pues, preferiría yo aquello abandonando esto?
Pensando honradamente una mente no podría convertirse
[en perversa.

¹² ¿Estamos seguros de que la oposición, con el año y medio tan difícil que se acercaba antes incluso de la crisis de los atentados, aspiraba a otra cosa que situarse mejor para ganar las siguientes elecciones, en especial las legislativas del 2008? Porque el tipo de campaña que realizó el Partido Socialista, como dice un amigo, fue como para no levantar los ánimos a nadie.

Pero ni me apasiona este plan
ni me atrevería nunca a tal cosa con la participación de otro.
Y he aquí una prueba de todo esto: marcha a Pitón
y entérate de la respuesta del oráculo para saber si te la
[transmití tal como era;
con todo, si encontraras que he tramado algo
con el adivino, no me mates con un solo
voto, sino con dos, el mío y el tuyo, una vez me hayas cogido,
pero no me inculpes por ti mismo según un criterio oscuro.
Porque ni es justo considerar en vano honrados
a los malvados ni miserables a los nobles.
Ya que afirmo que renunciar a un buen amigo
y renunciar a la vida propia, lo que más se ama, es lo mismo.
Pero en su momento comprenderás esto con claridad pues
el paso del tiempo es lo único que revela al hombre justo,
mientras en un solo día podrías reconocer a un miserable.

Esta frase final del discurso de Creonte es especialmente valiosa para entender qué pudieron pensar muchos votantes españoles en las horas decisivas del día 13. Así, el fraude que ya llevaban bastante tiempo intuyendo, si no observando, en la forma en que el Gobierno de entonces se hacía cargo de diversas tragedias y problemas nacionales, como el hundimiento del Prestige, la caída del avión de militares en Turquía, la campaña gubernamental en favor de la guerra iniciada por Estados Unidos en Irak..., reclamaban expiación. Atendamos, de todas formas, a la apostilla sobre las palabras de Creonte que hace el corifeo, siempre como portavoz del coro, es decir, del sentido común de los ciudadanos de Tebas (616-617):

CORIF. Honradamente habló a ojos de quien se cuida de
[arruinarse,
mi señor, pues quienes piensan precipitadamente no lo hacen
[con garantías.

Pero Edipo sigue en sus trece y argumenta en contra, además de llegar, otra vez en diálogo con Creonte tras este inciso del Corifeo, a la pérdida de medida¹³ que vuelve a desbaratar el carácter de buen gobernante que había cuajado la fidelidad de sus súbditos (vv. 618-630):

ED. Cuando alguien que conspira a escondidas viene veloz
es necesario que yo por mi parte me ponga a decidir
[velozmente.

Y si aguardo tranquilo, lo suyo
se llevará a cabo, mientras lo mío se malogrará.

CR. ¿Qué quieres entonces? ¿Expulsarme del país?

ED. De ningún modo; que mueras, no que huyas, quiero.

CR. Cuando muestres primero cuál es la envidia...

ED. ¿Hablas porque no te someterás ni me creerás?

CR. Porque no te veo en tu sano juicio. ED. Lo estoy al menos
[en lo mío.

CR. Pero es preciso que lo estés de igual modo en cuanto a
[lo mío.

ED. Pero tú eres un canalla.

CR. ¿Y si no entendieras nada? ED. Hay que obedecer
[igualmente.

CR. Desde luego, no si gobiernas mal. ED. ¡Oh ciudad, ciudad!

CR. Yo también tengo parte en la ciudad, no sólo tú.

Realmente, toda esta desmesura de Edipo no tiene otro origen, como decíamos anteriormente, que un infinito amor por sus súbditos. Ese celo excesivo le lleva a pensar que gobernante tan intachable sólo puede encontrar insidias en las crisis, pues su sabiduría, pseudo-justificada por su amor, forzosamente ha de toparse con envidias.

¹³ De la cual hablaremos en el epílogo de este ensayo.

Quizá muchos votantes del partido en el gobierno consideraron que tal era la postura del Presidente, pero es un error justificar los errores por la buena intención que se tiene, si es que se tiene, al cometerlos. Es más, tal como hemos indicado unas páginas atrás, los admiradores confunden explicación y justificación, cuando la primera sólo es un relato concienzudo de las causas y consecuencias de los actos mientras la segunda implica una cierta aprobación moral del conjunto de hechos, tanto de los motivos como de los errores.

Ahora bien, a diferencia de lo que ocurre en la obra, en nuestro país el asunto no fue echar en cara a un fiel aliado su traición, sino atribuir a los mandatarios del partido opositor argucias y estratagemas que deberían ser probadas por los acusadores algún día (no olvidemos que quien afirma, y esto vale también para los gobiernos, tiene la carga de la prueba). Pero es bien significativo que algunos de los argumentos utilizados por Edipo cuando inicia su intervención respecto a Creonte suenan muy verosímiles si volvemos a poner en marcha la imaginación y nos representamos al Presidente del Gobierno de entonces en una situación como ésta: los cálculos ya han sido echados; se vislumbran errores indudables de pensamiento, palabra, obra y omisión; las salidas honrosas comienzan a escasear... En ese instante definitivo, en la crisis que obliga a tomar una determinación, el poder procura sobrevivir en la persona que lo detenta y ésta se sustrae al cálculo más realista (en aquellos días incluso aparecieron noticias de planes para suspender la elecciones y, sin avergonzarse lo más mínimo, el partido perdedor ha seguido pensando que la ciudadanía no debía estar en sus cabales a la hora de votar, pues de haberlo estado no se hubiera arrojado a las arañas de la insidia). En definitiva, no sólo se achacó a una añagaza opositora la debilidad creada la propia posición gubernamental por los movimientos de sus propias piezas, sino que

se llegó a interpretar la situación como pérdida del sentido común por parte de un amplio número de los votantes.

Cuando Edipo comienza a ironizar sobre la lealtad de Creonte tenemos un buen ejemplo de esos pensamientos que debió tener el jefe del gobierno. Es más, cuando comienza a divagar sobre la supuesta sabiduría de Tiresias, estaríamos ante un pensamiento que perfectamente puede anidar en la mente de cualquier persona atacada en su más pura experiencia o conocimiento personales, aquello que lo distingue frente a otros: esa lucha contra la Esfinge que el adivino no mantuvo, ese combate terrorista al que sobrevivió nuestro Presidente. De la misma manera que se volverá contra Edipo el sobrehumano prodigio de la Esfinge, a nuestro líder se le llevará por delante esa lucha contra el mal que llevaba a cabo con gran eficiencia mediante las reformas legales que permitieron que el país viviera un año largo de paz querida por la ciudadanía, no por el terrorismo. “¿Quién es este candidato a presidente sin personalidad que pretende arrebatar-me la gloria que he logrado?”, debió pensar.

Por otra parte, la ética que subyace a las palabras de Creonte es la de la falta de responsabilidad, la del "mandao", la del soldado del III Reich que cumplía órdenes, mientras ese prestigio atesorado por Edipo como buen gobernante que se desvela por el dolor ajeno pero no tiene miedo a gobernar¹⁴ acabará triunfando y haciendo de él no sólo modelo humano en cuanto a los avatares de la fortuna, sino referente del gobernante responsable y, llegado el caso, dimisionario, aquello que fue reclamado hasta la náusea durante la tan cacareada corrupción socialista.

¹⁴ Recordamos el verso en que Creonte afirma: "logro cualquier cosa de ti sin miedo" (590).

Tras el diálogo entre Edipo y Creonte, Sófocles presenta ahora a Yocasta, como se recordará, madre y esposa al mismo tiempo del rey. Su entrada en escena, en principio un bálsamo entre tanta disputa, acabará por producir un efecto demoledor en los espectadores, pues ella es la concatenación última hacia la caída de Edipo y el reconocimiento de su verdadera persona. Pero bástenos ahora leer las frases iniciales de la intervención de Yocasta, tres versos después de lo inmediatamente traducido. Es una sencilla intervención que debiera haber sido la esencia del diálogo que oposición y ejecutivo tendrían que haber mantenido en nuestro país durante ese sábado preelectoral (vv. 634-638):

YOC. ¿Por qué, desdichados, iniciasteis
esta insensata querrela verbal? ¿No os avergonzáis, estando
[el país
tan enfermo, de excitar males particulares?
¿No te irás tú a palacio y tú, Creonte, a casa,
y no convertiréis una nadería en un gran dolor?

Yocasta ha intervenido en la tragedia por primera vez y desde este momento su presencia será decisiva a la hora de revelar la realidad de la fatal maldición que pesa sobre su esposo. Y decimos esto porque ella ya había superado el papel que su matrimonio con el supuesto extranjero le había obligado a asumir y había acabado por convertirse en algo más que esposa, se había convertido en leal compañera y consejera del rey. Y, desempeñando tal función, Sófocles traza un personaje lleno de coherencia.

De hecho, la esposa del rey va a ejercer el papel de mejor consejera de su marido cuando éste necesite ese parecer definitivo que suele conseguirse de las personas que conocen profundamente el carácter y las circunstancias de quienes les demandan reflexión. Porque Yocasta es algo más que una reina viuda casada en segundas nupcias para dar legitimidad al nuevo monarca: se ha enamorado de su segundo cónyuge y lo conoce bien, está segura de él y de sus virtudes; Sófocles no hará otra cosa que traernos al escenario un diálogo que debería darse en la intimidad de las habitaciones reales.

Y ese papel de persona de quien esperar el último consejo le confiere en nuestra tragedia un monumental protagonismo: cuando las dudas han sido sembradas, cuando los principales colaboradores han sido descalificados y nadie de confianza queda, ella surge para escuchar nuevamente toda la información que, inesperadamente, ha llevado a que el sistema político de la ciudad de Tebas se tambalee y a que Edipo se sienta, y esté, más solo que cuando marchó de Corinto sin saber quién era realmente.

Ahora bien, en los acontecimientos que vivimos el día 13 de marzo, cuando muchos ciudadanos dudaban de las informaciones que el gobierno proporcionaba y se avergonzaban de las descalificaciones oficiales hacia quienes hasta el día 12 habían mostrado total discreción y lealtad al gobierno dadas las enloquecedoras circunstancias ocurridas, sería muy difícil encontrar una persona concreta que asumiera el papel que Yocasta desarrolla en la obra. Quizá el llamado gabinete de crisis encarnó la actitud descrita; quizá la misma esposa del Presidente del Gobierno, o, sin necesitar de más, la propia conciencia del Presidente cuando repasaba los acontecimientos, podrían servirnos para personificar a la amante esposa de Edipo. Sea cual sea la respuesta, no parece en absoluto inverosímil que de alguna manera los acontecimientos más dramáticamente solitarios en el transcurso de las dos legislaturas de aquel Presidente fueran asombrosamente similares a lo que Sófocles nos presenta. Con esta cuestión en mente sigamos con todo detalle la obra.

Tras los versos de reprobación de la disputa entre Creonte y Edipo, Yocasta los escucha defender nuevamente sus posiciones. Creonte llega a jurar que preferiría morir a haber llevado a cabo algo de lo que le acusa su cuñado (vv. 644-45); ella apela entonces a su marido ante la magnitud del juramento de su hermano, y el coro de ciudadanos también se manifiesta en el mismo sentido; finalmente, el rey cede a las súplicas y permite que Creonte abandone la escena sano y salvo, pero Yocasta exige saber la razón de tales disputas. En ese momento Edipo reprocha a los ciudadanos del coro su indulgencia hacia Creonte pero éstos le corroboran las palabras de lealtad y confianza que le habían dedicado anteriormente (vv. 689-697):

CORO. Señor, te lo dije no sólo una vez:
entérate que insensato, desamparado en cuanto a la cordura

me mostraría, si te abandonara;
tú que mi querida tierra, cuando se encontraba
agitada entre padecimientos, dirigiste correctamente,
¡ojalá seas ahora un buen guía!

Yocasta insiste en conocer el origen de la discusión, a lo que Edipo le contesta que Creonte y el adivino Tiresias le acusan de ser el asesino de Layo, es decir, de ser el comienzo de todos los males para su ciudad. Y, efectivamente, esa hipotética conversación o reflexión que habría mantenido nuestro jefe de Gobierno podría discurrir por estos derroteros, ya que la idea de que la alianza con Estados Unidos y Gran Bretaña había motivado que unos terroristas fanáticos, a quienes por otra parte no les hace falta mucho para matar a cualquier ciudadano "enemigo", decidieran actuar en nuestro país, flotaba en el ambiente esos días. Y si a Edipo sólo le podía parecer tal cosa una confabulación, nuestro Presidente también consideró de esa manera las crecientes críticas recibidas dada la insistencia en reafirmar uno de sus ministros de máxima confianza ese mismo día 13 a las tres de la tarde que la principal vía de investigación era la etarra.

Y el caso es que Yocasta quita hierro al asunto trayendo a la memoria una circunstancia en la que el oráculo tampoco acertó (vv. 711-724):

YOC. Pues le llegó a Layo en cierta ocasión el vaticinio, no diré
de Apolo mismo sino de sus servidores,
de que su destino lo llevaría a morir a manos de un hijo
que naciera de él y de mí.
Y a él, según se dice, un día unos bandoleros extranjeros
lo matan en una encrucijada de caminos;
pero del nacimiento del niño no pasaron tres días
y aquél, después de atarle entre sí las articulaciones de los pies,
lo arrojó a un monte inaccesible mediante las manos de otros.

Y entonces Apolo ni hizo cumplir que aquél
fuera el asesino de su padre ni que Layo sufriera
esa monstruosidad que temía a manos de su hijo.
Tales cosas determinaron las predicciones,
de las que no has de preocuparte tú...

La fuerza dramática de estos versos y de otros que leeremos radica en que nosotros sabemos que ésas son las causas de todo, mientras Edipo y Yocasta simplemente se valen de los oráculos exactos para desmentir la realidad que tales vaticinios confirmarán. Es algo semejante a lo que podría haber ocurrido si nuestro Presidente hubiera escuchado de labios de su interlocutor, imaginario o no, algo parecido a esto: "pero no te preocupes de nada, porque también se nos avisó que no explicar debidamente por qué algunos de nuestros ministros se recreaban en los fogonazos de sus deportes particulares cuando sucesos de gran trascendencia para su ministerio tenían lugar en la costa nos traería graves consecuencias en las elecciones y, finalmente, todos aquellos agoreros tuvieron que apechugar con la inexactitud de sus profecías".

Y no tendría por qué ser inverosímil que entonces el Presidente hubiera respondido como Edipo (vv. 726-770):

ED. ¡Qué vaivén del alma y estremecimiento del corazón
me sobrecogen al oírte, esposa!

YOC. ¿Convulso con qué preocupación me dices eso?

ED. Me pareció oírte que Layo
fue asesinado al lado de una encrucijada.

YOC. En efecto, eso se decía y aún no ha cesado (el rumor).

ED. ¿Y dónde está el lugar éste donde sucedió tal desgracia?

YOC. La región se llama Fócide pero la encrucijada
lleva hacia el mismo sitio desde Delfos y desde Daulia.

ED. ¿Y cuánto es el tiempo que ha transcurrido desde entonces?

YOC. Un poco antes de que tú aparecieras
con el gobierno de esta tierra fue anunciado esto a la ciudad.

ED. ¡Oh Zeus! ¿Qué tienes decidido hacer de mí?

YOC. ¿Por qué te preocupa eso, Edipo?

ED. No me preocupas todavía. Dime, en cambio, qué aspecto
tenía^v Layo, qué edad.

YOC. Era corpulento, comenzaba a encanecer
y su apariencia no distaba mucho de la tuya.

ED. ¡Desgraciado de mí! Me parece que hace un momento
[no sabía

que me estaba arrojando a una terrible maldición.

YOC. ¿Qué dices? No me atrevo, en verdad, a mirarte, mi señor.

ED. Me asusta terriblemente que el adivino viera.

Pero me lo indicarás mejor si me explicas aún una cosa.

YOC. Aunque no me atrevo, te diré lo que me preguntes
[cuando lo sepa.

ED. ¿Hizo el viaje de incógnito o con muchos
soldados de escolta, en calidad de gobernante?

YOC. Cinco eran todos y entre ellos había
un heraldo; y un solo carro llevaba a Layo.

ED. ¡Ay, ay! ¡Esto está ya claro! ¿Quién fue entonces
el que os contó estas noticias, esposa?

YOC. Cierta sirviente que fue justamente el único que
[llegó vivo.

ED. Entonces, ¿se encuentra, por un casual, en palacio ahora?

YOC. Ciertamente no; que en cuanto llegó de allí y vio
que tú gobernabas y Layo había muerto

me suplicó, cogiéndome de la mano,
que lo enviara a los campos y a los pastos de los rebaños
[pequeños,

para que estuviera lo más alejado de la ciudad.

Y yo le envié (allí), pues aun siendo esclavo era digno
de obtener una gracia incluso mayor que ésta.

ED. ¿Cómo podría volver ante nosotros rápidamente?

YOC. Eso es fácil. Pero, ¿por qué ordenas esto?

ED. Temo, mujer, haber dicho demasiadas cosas por las que quiero verlo.

YOC. Por supuesto vendrá. Pero también yo merezco saber qué te contraría, mi señor.

Este diálogo es trascendental para nosotros no porque así fueran las cosas, sino porque parece que así no fueron. Recordemos que habíamos dejado a nuestro Presidente consultando con alguien de su círculo más próximo las circunstancias que se iban produciendo en el país. Los datos afloraban paulatina e irremisiblemente y todo parecía llevar hacia la autoría musulmana. Pudo haber sido entonces cuando el Presidente hubiera tomado conciencia de que los terroristas encontraron la falsa justificación a sus actos en varias resoluciones tomadas durante los últimos dieciocho meses: la coalición que había establecido con los gobiernos norteamericano y británico, el desprecio de la postura europea al respecto, la agresión ilegítima a Irak. Y el caso es que tales decisiones podrían asemejarse a, respectivamente, casarse con quien no correspondía, matar a quien no debía, los nefandos hijos de ese matrimonio.

De haberse producido esa reflexión sobre los datos del atentado, los acontecimientos hubieran requerido una nueva revisión de los indicios desechados, tal como hizo Edipo, para hallar la auténtica verdad, que es tanto como decir la única salida ética válida para un sistema democrático, máxime con las elecciones al día siguiente. En definitiva, alargar la pista etarra más allá de lo que en sí misma podía alcanzar, o sea, la cuestión de ganar o perder las elecciones, era un suicidio ético que borra de las memorias atentas el carácter de buen gobernante que había ayudado al Presidente a renovar el poder cuatro años antes. Y, como si no hubiera manera de detener esa corriente desbordada, el lodo de la crecida procedía de varios escándalos políticos y desavenencias con gran parte del coro hispano.

que estos hechos (provenían) de una cruel divinidad contra
[este hombre?
¡Ojalá, oh sagrado poder de los dioses, ojalá
no llegue a ver este día, sino que, más bien, me aleje
de entre los mortales sin siquiera ser visto antes que ver
semejante estigma de la casualidad alcanzándome!

Nuestro mítico protagonista, con todo, aún habrá de encontrar un pretexto para la esperanza que, sin embargo, nos volverá a mostrar el lado soberbio de su carácter. Ese respiro se lo proporciona su fiel coro de tebanos, que en estos momentos tan difíciles aún confía en él y le propone tener esperanza (vv. 834 y s.):

CORIF. Angustioso es para nosotros esto, señor. Pero al menos hasta que lo sepas por boca de quien allí estuvo, ten esperanza.

En efecto. Recordemos que Edipo había hecho llamar al criado que sobrevivió a la muerte en la encrucijada y que ese testimonio era imprescindible para aclarar quién era el asesino de Layo. No obstante, las incertidumbres eran más. Hemos de tener presente a lo largo de toda nuestra lectura que Edipo no sólo había asesinado a su padre cumpliendo el oráculo que así se lo había vaticinado, sino que se había casado con su madre y con ella había tenido hijos. Y Sófocles escribió en *Edipo rey* el desenlace de ambos oráculos, por lo que aún nos resta ver cómo supo su héroe que también había cumplido el segundo vaticinio. Y precisamente esta cuestión sin resolver permite un extraordinario juego de dilación, esperanza, soberbia y, más terrible aún, fracaso, que convierte esta tragedia sofoclea en un monumento literario inevitable para el estudioso tanto de la creación artística como de la condición humana.

Pero volvamos a la tragedia nacional. Esta última frase del coro, "ten paciencia" (v. 833), no ha de sonarnos en absoluto extraña según la escena que venimos modelando en el caso de nuestro Presidente. Si, por un casual, estaba llegando el momento decisivo de confirmar las sospechas de autoría musulmana del atentado de Atocha, cuando la reflexión personal o el consejo de alguien le arrojaban en la soledad de la responsabilidad, ¿por qué no esperar aún un poco más a que llegaran informes policiales nuevos, en concreto los análisis del explosivo utilizado, del que se afirmaba que había sido titadyne, la marca de dinamita empleada por la ETA en sus últimos atentados? (vv. 836-847)

ED. Desde luego, tal es mi esperanza,
únicamente esperar al pastor.

YOC. Y una vez haya aparecido, ¿cuál es tu propósito?

ED. Te lo voy a explicar: si se descubre que dice
lo mismo que tú, yo evitaría la desgracia.

YOC. ¿Y qué en particular me has oído?

ED. Dijiste que contó que unos bandoleros
lo mataron. Así pues, si él

dice el mismo número, no lo maté yo;
pues uno no podría ser igual a muchos.

Pero si dice que era un hombre solo, bien a las claras
el hecho recae ya sobre mí.

La esperanza existe, de hecho es aún mayor de lo esperado, pues Yocasta encuentra nuevas formas de aliviar la desconfianza de su marido (vv. 848-862):

YOC. Pero ten por seguro que así habló
y no le es posible echarse atrás,
pues la ciudad, no yo sola, lo escuchó.

Y, de todas formas, aunque se apartase de su relato anterior, de ninguna manera, señor, indicará correctamente al asesino de Layo, del que sin duda alguna (Apolo) Loxias declaró que habría de morir a manos de un

[hijo mío.

Sea como sea, ciertamente aquel desdichado (niño) jamás lo mató, que él mismo pereció antes.

De modo que, por un oráculo, yo no me cuidaría en el futuro.

ED. No te falta razón. Y, sin embargo, envía a alguien que [traiga

al siervo, no lo olvides.

YOC. Lo enviaré a toda prisa. Pero entremos a palacio, que no haría nada que no te gustara.

Y es de señalar cómo Yocasta encarna otra vez ese papel de esposa-consejera, si es que lo hubo, o de conciencia que aún intenta buscar una salida. De hecho, aun existiendo la posibilidad de que el siervo acabe por admitir que Edipo es el asesino de Layo, ella sí recuerda a su esposo que lo más horrendo de las profecías de Tiresias sería falso, pues Edipo no es, a sus ojos, hijo suyo ni de Layo.

La tragedia alcanza ahora un momento especialmente notable: tras retirarse Edipo a esperar al criado que vio el asesinato y haberse quedado Yocasta en escena, el coro interviene a propósito de los excesos del poder, tema del que hablaremos más adelante. Una vez terminado su canto, aparece un mensajero de la ciudad de Corinto, de la que, como se recordará, partió Edipo para no matar ni a su supuesto padre, Pólipo, ni unirse a su pretendida madre, Mérope. Como decimos, el diálogo ha de establecerse con Yocasta, pues Edipo ha desaparecido de la escena. Unos versos iniciales de salutación y buenas maneras abren el episodio; acto seguido, la reina entra en materia y pre-

gunta al mensajero la razón de su llegada a Tebas. Él le contesta que ha venido a anunciar a Edipo que el pueblo de Corinto, tras la muerte de Pólipo, piensa nombrarlo rey. La reina hace llamar inmediatamente a su esposo para que conozca tan buena noticia. En ese momento, pues, retomamos el texto (vv. 950-1014):

ED. Queridísima Yocasta, esposa,

¿por qué me hiciste salir de palacio aquí?

YOC. Escucha a este hombre y al oírlo examina

adónde han llegado los venerables vaticinios del dios.

ED. ¿Quién es él y qué me dice?

YOC. Viene de Corinto para anunciarte que tu padre

Pólipo ya no vive, sino que ha fallecido.

ED. ¿Qué dices, extranjero? Sé tú mismo quien me informe.^{vii}

MENS. Si es necesario que primero anuncie esto sin

[dejar dudas,

has de saber que aquél ha muerto.

ED. ¿Acaso por traición o como resultado de una enfermedad?

MENS. Una pequeña crisis deja postrados los cuerpos ancianos.

ED. Según parece, el infortunado murió de enfermedad.

MENS. Y ciertamente murió contando muchos años.

ED. ¡Ay, ay! ¿Por qué, esposa, habría nadie de considerar

la Pítica morada (de Apolo en Delfos) o los pájaros

que resuenan en lo alto, según cuyos consejeros yo

iba a matar a mi padre? Éste, ya muerto,

yace bajo tierra; y yo estoy aquí

sin tocar un arma, a no ser que pereciera

por echarme de menos. Morir así sí sería cosa mía.

Pero el caso es que, llevando consigo los oráculos actuales,^{viii}

dignos de ningún aprecio, yace en el Hades.

YOC. ¿No te lo dije yo hace tiempo?

ED. Me lo dijiste, sí. Pero yo fui engañado por el miedo.

YOC. Ahora no tomes a pecho nada de esto.

ED. ¿Y por qué no es preciso que tema el lecho de mi madre?

YOC. ¿Qué podría temer un hombre al que la fortuna domina y no tiene previsión segura de nada?

Lo mejor es vivir al azar, como cada uno pueda.

Y tú no temas el matrimonio con tu madre, porque muchos mortales también se unieron en sueños con su madre. Pero quien no da importancia a esto vive mejor.

ED. Tendrías razón en todo esto si mi madre no se encontrara viva. Y ahora, puesto que vive, es de absoluta necesidad, aunque tienes razón, preocuparse.

YOC. Y, sin embargo, gran consuelo son los funerales de
[tu padre.

ED. Grande es, lo comprendo; pero tengo miedo de la viva.

MENS. ¿De qué mujer tenéis miedo?

ED. De Mérope, anciano, con la que vivía Pólipo.

MENS. ¿Qué hay en ella que os lleve a temer?

ED. Un terrible oráculo divino, extranjero.

MENS. ¿Se puede decir? ¿O no está permitido que otro lo sepa?

ED. No por cierto. (Apolo) Loxias me dijo en cierta ocasión que había de unirme con mi propia madre y que vertería la sangre de mi padre con mis manos.

Por eso hace tiempo que me fui muy lejos de Corinto. Y ha habido suerte, pero, a pesar de eso, lo más agradable es ver el rostro de los padres.

MENS. ¿Acaso, pues, por temer tal cosa estabas desterrado
[de allí?

ED. Y por no querer ser el asesino de mi padre, anciano.

MENS. ¿Y por qué, señor, no te libré yo, que vine con la mejor intención, de este miedo?

ED. Y desde luego recibirías de mí una digna recompensa.

MENS. Eso es precisamente para lo que he venido, para que, cuando vuelvas a tu casa, yo gane algo.

ED. Pero yo nunca me reuniré con quienes me engendraron.

MENS. Hijo mío, bien claro está que no sabes lo que haces.

ED. ¿Cómo, anciano? Por los dioses, explícame.

MENS. Si por ellos evitas ir a tu casa.

ED. Desde luego es por temer que Apolo estuviera en lo cierto.

MENS. ¿Acaso temías contraer un miasma a causa de
[tus padres?

ED. Eso mismo, anciano, me atemoriza siempre.

MENS. ¿Es que no sabes que con toda justicia no has de
[temer nada?

La tensión que producen estas palabras anuncia que el desastre está cerca. Y es que, cuando parecía quedar todo resuelto, quien aparentemente traía las mejores noticias para Edipo nos deja en la incertidumbre con ese último verso que hemos traducido.

Siguiendo con la ficticia reconstrucción de los acontecimientos de Madrid en el Palacio de la Moncloa, podríamos imaginar el siguiente cuadro: el Presidente, a quien hace un momento veíamos dudar lo bastante como para esperar ansioso la confirmación de la responsabilidad etarra en el atentado, recibe una llamada telefónica que le comunica la buena noticia de las primeras detenciones. Entonces, sin dejar lugar a continuar la frase, el Presidente diría a los asesores o para sí mismo: "¿ves cómo teníamos razón y ésta era la pista buena? Menos mal que ya han detenido, con pleno éxito policial, eso es innegable, a los etarras que han cometido el atentado". Y en aquel momento por el teléfono se oye decir: "¿Creéis que los detenidos son de la ETA?", a lo cual responde el Presidente: "¿Pues cómo no, si estamos esperando el trámite del análisis definitivo de la dinamita?"

La tarde del 13 de marzo se esperaba la llegada del informe sobre el explosivo empleado en el atentado del 11 para confirmar la autoría etarra, pese a que sin ninguna duda en las mentes de los gobernantes debía haber otros indicios, eso sí, empujados por la esperanza y los cálculos. Cuando todavía no era previsible, llegó la noticia, por vía oficial y previa a cualquier comunicación pública, por supuesto, de que había varias personas detenidas. Lo que se esperaba, o eso nos dijeron, era un análisis, no unas detenciones, de modo que la sorpresa debió ser enorme. Y mayor aún debió ser la nacionalidad y confesión religiosa de los apresados.

Por supuesto, es muy improbable que los acontecimientos de palacio se desarrollaran tal como hemos sugerido en capítulos anteriores, y, en efecto, esta fabulación que seguimos respecto a ciertos detalles de la crisis está entresacada de las impresiones que produce la tragedia de Sófocles. Aunque, siendo imposible afirmar que las cosas fueran así, la esencia de la sorpresa que recibieron los altos dignatarios entonces en el poder sí es verosíblemente parecida a la que confirmó los terrores de Edipo, aquellos que en su conversación con Yocasta habían quedado al menos mitigados. El caso es que la acción de la obra sigue de manera inteligentísima, y la duda, abierta tras la insinuación de que Edipo no estaba en su juicio al pensar que Pólibo y Mérope eran sus padres, será verificada hasta la monstruosidad por el criado que, sin haber llegado todavía, late en la obra como el riego sanguíneo, real pero nunca a la vista. Sigamos entonces (vv. 1015-1072):

ED. ¿Y cómo no, si soy hijo de estos padres?

MENS. Porque, por linaje, Pólibo nada tenía que ver contigo.

MENS. Exactamente. Era pastor de ese hombre.

ED. ¿Y está él vivo, para que pueda verle?

MENS. Desde luego, vosotros, los del país, deberíais saberlo
[mejor.

ED. ¿Hay alguno de los presentes aquí
que conozca exactamente al pastor que refiere
por haberlo visto en los campos o incluso aquí?
Que me lo señale, pues ha llegado el momento de averiguar esto.

CORIF. Creo que no es otro que aquél de los campos
al que deseabas ver antes. Sin embargo

Yocasta sobre todo podría decírtelo.

ED. Esposa, ¿conoces a aquél que hace un momento
queríamos que viniera? ¿A ése al que se refiere éste?

YOC. ¿Por qué mencionó a un cualquiera? No te preocupes.
[No quieras

recordar inútilmente lo dicho.

ED. No podría ocurrir que yo, con tales
indicios, no aclare mi propio linaje.

YOC. ¡Por los dioses! Si en algo te cuidas
de tu vida, no investigues eso. Bastante sufro yo.

ED. Ten confianza, que tú, aunque yo resulte ser esclavo de
[tercera generación
de tercera madre, no aparecerás como de baja condición.

YOC. Sin embargo, hazme caso, te lo suplico, no hagas eso.

ED. No podría obedecerte en lo de no saber con certeza esto.

YOC. Sin embargo, plenamente consciente te aconsejo
[lo mejor.

ED. Pues ese "lo mejor" me molesta hace rato.

YOC. ¡Ay, desdichado! ¡Ojalá nunca sepas quién eres!

ED. ¿Nadie va a traerme aquí a ese pastor?

Y dejad que ésta se envanezca con su adinerada estirpe.

YOC. ¡Ay, ay, mísero!, que eso sólo
puedo llamarte y ya nada más después.

Tras este terrible diálogo que ha revelado a Yocasta, y al público, a nosotros, la verdad, la madre de Edipo deja la escena para no volver a aparecer. Edipo, que nada sabe de su auténtico origen y ha vuelto, él que acertó el enigma de la Esfinge, a perderse en elucubraciones que lo alejan de su verdadera procedencia, a partir de ahora inicia un majestuoso esfuerzo por saber la verdad pese a los terribles augurios que su madre-esposa le ha proporcionado. Y es en este momento cuando encontraremos la imagen del héroe que finalmente resurgirá al final de la obra, el comportamiento de un hombre en busca de la verdad.

Seguidamente una breve intervención del coro muestra cómo el pueblo tebano es incapaz de concebir la auténtica realidad del origen de Edipo, confirmación, punto por punto, de los antiguos oráculos. El caso es que por fin aparecerá en escena ese esclavo que reunía en sí mismo al superviviente del asesinato en la encrucijada y a aquel antiguo pastor que entregó a Edipo siendo niño y atados sus pies al pastor de Corinto, es decir, la solución de todos los enigmas de investigación. Nada más entrar éste en escena, Edipo ya supone que él es el hombre buscado y pregunta al coro, que responde y, al mismo tiempo, caracteriza al esclavo; a continuación, el rey inicia el interrogatorio. El pastor, en un principio, contesta con evasivas pero la firmeza de Edipo, en algunos momentos casi brutalidad, le obliga a confesar todo (vv. 1121-1185):

ED. ¡Eh, tú, anciano, vamos, responde
a cuanto te pregunte mirándome a la cara. ¿Fuiste en su
[momento de Layo?

ESCL. Lo fui; esclavo no comprado, sino criado en la casa.

ED. ¿A qué labor te dedicabas o qué vida llevabas?

ESCL. De los rebaños me ocupé la mayor parte de mi vida.

ED. ¿En qué zonas estabas principalmente?

ESCL. El Citerón, pero también la región vecina.

ED. ¿Conoces a este hombre por haber tenido trato con él
[allí en algún momento?

ESCL. ¿Haciendo qué? ¿Y a qué hombre te refieres?

ED. A éste que está aquí. ¿Te relacionaste alguna vez con él?

ESCL. No como para poder responder al instante de memoria.

MENS. No es de extrañar, señor. Pero yo le haré recordar
[claramente

lo olvidado. Pues bien sé que
recuerda perfectamente cuando por el Citerón,
él con dos pequeños rebaños, yo con uno,
fui compañero de este hombre tres
estaciones¹⁶ desde la primavera hasta Arturo;
ya en invierno yo llevaba mis reses a los establos
y él a los corrales de Layo.

¿Es así o no?

ESCL. Así es, aunque hace mucho tiempo de eso.

MENS. Venga, responde ahora, ¿reconoces que me entregaste
[en cierta ocasión

un niño para que lo criara como mío?

ESCL. ¿Qué es esto? ¿Por qué preguntas por esta historia?

MENS. Éste es, querido amigo, aquél que entonces era
[un recién nacido.

ESCL. ¡Maldito seas! ¿No te estarás callado?

ED. ¡Eh, no reprendas, anciano, a éste, que tus palabras,
más que las tuyas, necesitan de reproche!

ESCL. ¿En qué le faltó, oh el mejor de los amos?

ED. En que no hablas del niño por el que él te pregunta.

ESCL. Es que habla sin saber nada, pero se esfuerza en vano.

ED. Y tú de buen grado no hablarás, pero hablarás llorando.

ESCL. Por los dioses, no maltrates a un anciano como yo.

ED. ¿Nadie le va a colocar las manos a la espalda a éste?

¹⁶ Para los griegos las estaciones eran dos y semestrales, que es realmente la palabra que aparece en el texto de Sófocles: una era primavera-verano y la otra otoño-invierno. La estrella Arturo, de la constelación del Boyero, es visible hacia mitad de septiembre.

ESCL. Desgraciado, ¿por qué? ¿Qué necesitas saber además?

ED. ¿Entregaste a éste el niño por el que (te) pregunta?

ESCL. Se lo entregué, y ojalá hubiera muerto ese día.

ED. A eso llegarás si no dices siquiera lo que es justo.

ESCL. Desde luego estoy mucho más muerto si hablo.

ED. El hombre éste, según parece, intenta darme largas.

ESCL. Claro que no, que dije antes que se lo entregué.

ED. ¿De dónde lo recogiste? ¿Era de tu casa o de algún otro?

ESCL. No era mío, que lo recibí de alguien.

ED. ¿De cuál de estos ciudadanos y de qué casa?

ESCL. No, por los dioses, señor; no preguntes más.

ED. Tente por muerto si te lo pregunto de nuevo.

ESCL. Pues entonces, era uno de los vástagos de la casa de Layo.

ED. ¿Esclavo o nacido del mismo linaje que él?

ESCL. ¡Ay de mí! Estoy en el mismísimo peligro de hablar.^x

ED. Y yo de escuchar; sin embargo, he de escucharte.

ESCL. Sin ninguna duda el niño era llamado de aquél. Pero la
[que está dentro,

tu mujer, te podría decir mejor cómo es esto.

ED. ¿Acaso te lo entregó ella? ESCL. En efecto, señor.

ED. ¿Con qué fin? ESCL. Para que lo matara.

ED. ¿Habiéndolo engendrado la desgraciada? ESCL. Por miedo
[a sórdidos oráculos.

ED. ¿Cuáles? ESCL. El oráculo era que mataría a sus padres.

ED. ¿Y cómo pues se lo dejaste tú a este viejo?

ESCL. Compadecido, mi señor, creyendo que se lo llevaría a otra región, a ésa de la que él provenía. Pero él lo salvó para mayores males. Pues si eres el mismo^{xi} que dice éste, has de saber que eres un desdichado.

ED. ¡Ay, ay! ¡Todo se aclara!

¡Oh luz, ojalá te mirara ahora por última vez,
yo que resulto haber nacido de quienes no debía, que me he
[unido a quienes
no debía, y que maté a los que no debía!

La realidad ha sido revelada a quien la desconocía y Edipo puede llegar a ser más héroe que cuando echó de Tebas a la Esfinge. Y decimos que puede llegar a serlo porque aún falta la consecuencia de lo revelado.

Volviendo a La Moncloa, las detenciones de las que la policía había informado a la jefatura de Gobierno han sido aclaradas. No es que se hubiera detenido a cinco personas, es que se había detenido a cinco personas de religión musulmana en relación directa, así opinaban la policía y el juez, con los atentados del día 11. ¿Podemos presumir, a tenor de lo escuchado aquellos días de parte de los gobernantes, una actitud similar a la que nuestro héroe trágico ha venido demostrando a lo largo de la función? Las primeras indicaciones, las felicitaciones más sinceras que cabría haber expresado, tenían un extraño tinte que sonaba a falsedad a algunos votantes. Pero, para calibrar con exactitud el comportamiento de nuestros gobernantes, examinemos qué ocurrió con Yocasta y Edipo, pues la trama de Sófocles no puede acabar sin más con el descubrimiento de los hechos.

6

La obra de teatro que estamos presenciando tiene, como decíamos al comienzo del ensayo, un personaje peculiar, incluso difícil de entender hoy en día, el coro. Ya hemos indicado anteriormente que su papel, en general, podría ser el de poner voz tanto al sentido común como a la conciencia de un grupo concreto. Ahora, cuando hemos llegado al final de la investigación, que no de la obra, volverá a expresar en su intervención el estado de ánimo que domina al pueblo de Tebas. Por supuesto, no puede ofrecernos otra cosa que sincera tristeza por el resultado al que han llegado las pesquisas respecto al autor del asesinato del antiguo rey, Layo. Y, por descontado, su aflicción ha de centrarse en la angustia que nos produce la horrible fortuna de Edipo (vv. 1189-1196):

Pues, ¿quién, qué hombre
obtiene más felicidad
que simplemente pensar cuánta tiene
y desechar esa idea?
En verdad con tu ejemplo,
con tu hado, el tuyo,
infortunado Edipo,
nada de los mortales considero venturoso.

La desesperanza que conllevan estas frases es muy propia de una parte de la civilización griega. Quizá el mejor ejemplo de esta corriente de pensamiento se halle en la célebre anécdota relatada por el historiador Heródoto (s. V. a. C.) en el primer libro de sus *Historias* (I, 30-33) a propósito de la visita que realizó Solón, el famoso legislador ateniense, a Creso, rey de

Lidia, en la actual Turquía. Conocedor de la fama de sabio que precedía al ateniense, Creso le preguntó, creyendo que la riqueza y poder que atesoraba impresionarían a Solón, quién era el hombre más feliz. El griego le contestó que Telo el ateniense. Ante la sorpresa de Creso, Solón le aclaró lo siguiente sobre Telo¹⁷:

"Por una parte, Telo, procedente de una ciudad próspera, tuvo hijos hermosos y honrados y a todos les vio nacer hijos que seguían vivos; por otra, vivió bien según nuestras costumbres y su final fue el más ilustre: pues habiéndose entablado una batalla en Eleusis entre los atenienses y sus vecinos, tras ir en socorro (de algunos) y hacer volverse al enemigo, murió de la manera más hermosa, y los atenienses lo enterraron a expensas del Estado allí donde cayó y lo honraron en gran manera".

Creso, aún más extrañado, preguntó a Solón quién era el segundo hombre más feliz según su opinión. Él, por supuesto, no respondió que Creso, sino que dio los nombres de dos hermanos que le parecían más felices por acciones mucho más humildes que las realizadas por el lidio. Finalmente, Creso quiso saber de qué inexplicable criterio se servía el ateniense para considerar feliz o no a una persona. Solón le respondió:

"en la larga vida hay que ver muchas cosas que uno no quiere ver y muchas que sufrir. Yo propongo como límite de la vida para el hombre los setenta años. Por ser setenta estos años,

¹⁷ Para esta traducción seguimos el texto que edita Jaime Berenguer Amenós en su edición del libro I de las Historias de Heródoto en la colección Alma Mater, Madrid 1992. Como comentario nos hemos servido de W. W. How y J. Wells, *A Commentary on Herodotus in two Volumes*, Oxford, 1912, reeditada en 1989.

¹⁸ Los atenienses tenían un cómputo del año de 354 días, por lo que, a lo largo de ocho años, se intercalaban tres meses que intentaban completar los correspondientes años solares.

suman veinticinco mil doscientos días sin contar los meses intercalados¹⁸... De todos estos días correspondientes a los setenta años..., un día no procura ningún hecho completamente igual al de otro día. Siendo así, Crespo, el hombre es todo azar. Y es que me parece que tú eres muy rico y que eres rey de muchos hombres. Pero aquello que me preguntabas aún no puedo decírtelo hasta que sepa que has terminado tu vida hermosamente... Es necesario conocer en todo acontecimiento el final al que llega".

Y así es. Edipo alcanzó el mayor prestigio en Tebas tras eliminar el peligro que suponía la Esfinge, y por eso fue nombrado rey y legitimado mediante la boda con la viuda del rey, muerto al parecer por unos bandoleros. Pero no eran esas todas las circunstancias que rodeaban la vida de Edipo, pues, como hombre, aún había de ver y padecer muchas cosas que nunca hubiera deseado siquiera oír de otros, y, como gobernante, le atañían muchos más problemas que al resto de los mortales.

De ahí que el coro de ciudadanos mostrara a lo largo de la obra esa admiración y fidelidad por nuestro héroe, un carácter que, según describíamos en la primera parte, encajaba en lo que denominábamos entonces buen gobernante.

Y recapacitemos un poco sobre lo que nos encontrábamos en nuestro país antes de los atentados del día 11 y las elecciones del 14: un gobernante que, abandonando el cargo por voluntad en el mejor momento de su carrera según su opinión, legaba a sus gobernados una situación de bonanza económica, una relevancia internacional nunca antes disfrutada y, sobre todo, la inequívoca mejora en la cuestión terrorista, tanto en nuestro país como internacionalmente decía él. Contaba, además, con un delfín que nos aseguraba una y otra vez que su intención era engrandecer fielmente ese legado casi divino que podíamos disfrutar aquí en la Tierra, de modo que no parecía haber mejor y más feliz final para su mandato.

Pero Solón estaba en lo cierto cuando aseguraba "Es necesario conocer en todo acontecimiento el final al que llega". De hecho, todos lo recordaremos, el último año de ese gobierno saliente no había sido tan próspero como la campaña electoral nos hacía ver y las dudas o, al menos, las opiniones contrarias entre el coro de los ciudadanos habían surgido a raíz de algunos problemas: el naufragio, la caída del avión, la guerra que hizo salir a la calle a mucha gente... Y, completando dramáticamente los acontecimientos por mar y aire, en tierra firme, tres días antes de las elecciones, un atentado sin igual en nuestra historia.

Una idea similar a ésta de Solón es la que nos ofrecía el coro en la intervención que abre este capítulo. Porque, mediante los reveses que ha sufrido Edipo en su paso de rey a criminal, insospechado como sabemos, debemos aprender a no mostrarnos antes de tiempo demasiado orgullosos de lo que vivimos, o sea, nunca. En el caso de Edipo, además, hemos de atender a otros detalles que debieran habernos hecho pensar con cuidado sobre su destino, por ejemplo, esos ataques de furia que mostraban una soberbia impropia del buen gobernante. A propósito de estos arranques de ira el coro nos va a señalar que el poder llega a hacer olvidar la propia naturaleza y las honradas intenciones que alimentaba el gobernante al iniciar su mandato. Y, en esa onda, posiblemente uno de los mejores ejemplos de esta lucidez sea la siguiente intervención del coro, que Sófocles nos ofrece a partir de un extraordinario conocimiento de los entresijos del poder, adquirido por haber sido durante muchísimos años un político y soldado activo en la intensa vida democrática de la Atenas del siglo V (vv. 873 -882):

El poder absoluto engendra soberbia^{xii}; la soberbia, toda vez que se harta en vano de muchas cosas,

cosas que ni son oportunas ni provechosas,
tras ascender las más altas cimas
se precipita a la abrupta necesidad
donde un pie firme
es necesario. Pero suplico a los dioses
que nunca arruinen la competición que es beneficiosa para
[la ciudad.
Nunca dejaré de tener a los dioses como protectores.

Esta intervención del coro se produjo un momento después de que Yocasta dudara de la infalibilidad de los oráculos y Edipo mandara llamar al esclavo de Layo que escapó de la muerte en la encrucijada. Para cuando esto tuvo lugar, ya habíamos presenciado dos escenas de notoria desproporción por parte de Edipo: primero, durante el diálogo con Tiresias, en el que claramente había excedido los límites del buen gobierno; y, segundo, el diálogo con Creonte, durante el cual el mismo coro había intentado rebajar el tono de los argumentos y Yocasta había logrado apaciguar, bien que con problemas, la disputa. Aún hemos visto un tercer comportamiento al borde del abismo cuando Edipo recibía al anciano esclavo y estaba a punto de utilizar la fuerza bruta de sus guardias para hacerle hablar. A la vista de tales desproporciones, el coro intenta determinar qué es la soberbia del poder, que llevada por su hartura de impresiones y decisiones inútiles hacia una escalada ilógica de orgullo e insolencia, acaba por asomarse a una forzosa caída hacia el vacío en los momentos en que más seguridad y prudencia son necesarias. Pero sigamos con este coro sobre el poder (vv. 883-992):

Y si alguien se comporta
desdeñosamente de palabra o de obra,
sin miedo a la Justicia y
sin venerar los templos de los dioses,

que un sino desgraciado se apodere de él,
 por un desdichado engrimiento.
 (Y también) si no obtiene la ganancia con justicia
 y va a obrar con impiedad
 o toca^{xiii} lo intocable en su insensato proceder.
 ¿Quién incluso, un día en tales circunstancias alejará los dardos
 [de los dioses
 para defender su alma?
 Porque si tales actos gozan de honores,
 ¿Por qué he de formar parte de un coro?

La segunda parte de este canto nos previene contra otra vertiente de los excesos que produce el orgullo, *hybris* en griego, sobre quien detenta el poder. Porque, en efecto, no sólo hemos de atender a cuanto ha cantado en la estrofa anterior respecto a la falta de tacto y prudencia; también es preciso cuidarse de la injusticia propiamente dicha y de las acciones que llevan al enriquecimiento ilícito.

Pero el pasaje merece aún más consideraciones, porque, atendiendo al lugar en que se encuentra este fragmento, hemos de extraer dos ideas. La primera, que el sentido común que suele manifestar el coro como personaje nos alerta de que Edipo ha llegado al exceso y esto acabará siendo intolerable para los dioses, es decir, que el rey atraerá un auténtico castigo divino sobre sí. La segunda, que esta advertencia también nos proporciona el criterio definitivo para saber si encumbramos o no a Edipo como héroe trágico. Y no porque el protagonista sea heroizado por actuar a favor de otros, esa solidaridad que a menudo parece hipócrita virtud de nuestro mundo moderno, virtud que, además, permite que el solidario se olvide de sí mismo; sino que el asunto está en si Edipo luchará con tanta honradez por sí mismo que se convertirá en ejemplo máximo de aquel inteligente y olvidado amor propio clásico, la lucha honrosa por lograr que uno

mismo sea el juez más recto y honesto posible de las propias acciones. Y esa estrofa sobre el desdichado destino que espera a Edipo, y las que acabamos de comentar, nos ofrecen clara y lúcidamente la medida con la que hemos de juzgar tanto al rey de Tebas como a nuestros gobernantes de marzo.

Es necesario recordar, además, que cuando Edipo proclamó su condena del homicida y de quienes eventualmente le ayudaran, al decir "sufra yo exactamente cuanto hace un momento os he prometido" nos preparó para esta última encrucijada de la obra. De hecho, todavía no sabemos el final que tuvo Edipo, ni siquiera nos hemos asomado a la jornada electoral, y está claro que no pueden quedar impunes los crímenes, aunque involuntarios, cometidos por él. Son tales las monstruosidades que ha llevado a cabo, monstruosidades, además, de la mayor gravedad en el sistema jurídico ateniense, que debe ocurrir algo que limpie, purifique, la ciudad. Esta purificación, es indispensable para la culminación de la tragedia, pues no hay posibilidad alguna de que la Justicia quede sin restaurar. Veamos, pues, esta catarsis (vv. 1223-1231):

HERALDO: ¡Oh vosotros, los más distinguidos siempre de esta
[tierra!

¡Qué hechos oiréis, qué cosas veréis, cuánto
sufrimiento soportaréis si, por vuestro parentesco, aún
os cuidáis de la casa de los Labdácidas.
Pues creo que ni (los ríos) Istro y Fasis
podrían purificar esta casa, tanto
esconde, ni los males que pronto saldrán a la luz
deliberados, no involuntarios. De los males
afligen más aquellos que resultan ser voluntarios.

El heraldo, que aparece por primera vez en la obra, no nos ha dicho todavía qué ha ocurrido en palacio con Edipo y

Yocasta, pero sí nos ha ofrecido el detalle que desvela si Edipo es un héroe o no. Y es que nos habla de "males voluntarios", es decir, hemos de entender que el culpable ha ejecutado lo que podríamos denominar "auto-catarsis". Cuando en su vida todo ha sido motivado por los dioses, cuando ni ahora ni al término de sus días podría ser considerado, ni considerarse, feliz, cuando se hace patente que fuerzas ajenas a él, las circunstancias que, como decíamos en la introducción, a cualquiera pueden sobrevenirle dada la caprichosa naturaleza de la vida, le han dominado, en ese momento, pese a todo esto, toma una decisión y pasa a depender de sí mismo, no del destino. Asume, como también decíamos en la introducción, un carácter especialmente propio de una persona voluntariamente honrada y cabal, exactamente ese carácter que había mantenido hasta que el oráculo, la vida, se le agolpó en pocos instantes. Por eso los sucesos que continúan la trama de la tragedia adquieren un carácter enorme, son reflejo de ese Aquiles que, según decíamos en el capítulo 2, comunica a su madre Tetis su decisión de morir como mejor muestra de responsabilidad (*Iliada* XVIII, 73-126).

A diferencia, como decíamos, de lo ocurrido hasta aquí, los protagonistas han actuado ahora por su propia iniciativa. Pero no ocurrió lo mismo en la noche previa a las elecciones, cuando toda la crisis ya parecía ser un cúmulo de malas decisiones que arrastraba a nuestros gobernantes, incapaces al parecer de manejar la barca de su final. Por otra parte, antes de leer esta descripción de lo más terrible, es de notar que el desenlace es doble, pero que al segundo, el de Edipo, llegamos mediante el relato del primero, el de Yocasta, lo cual produce un encadenamiento de los sucesos de tremenda fuerza dramática (vv. 1232-85):

CORIF: Nada falta a los (males) que sabíamos de antes para ser los más penosos. ¿Cuáles añades a éstos?

HER. El relato más breve de decir y
entender: ha muerto la divina Yocasta.
CORIF. ¡Ay, desdichada! ¿Por qué causa?
HER. Ella por sí misma. De los hechos aún
falta lo más doloroso, pues no está a la vista.
Sin embargo, al menos cuanto dependa de mi capacidad,^{xiv}
sabrás los sufrimientos de aquella desdichada.
Pues cuando entregada a la agitación se adentró
en palacio, se dirigió inmediatamente al lecho
nupcial, arrancándose el cabello con ambas manos;
cerrando las puertas según entró
llama a Layo, ya hace tiempo muerto,
con el recuerdo de su antigua descendencia, por la cual
él mismo moriría y la dejaría a ella como engendradora
con sus propios hijos de una desgraciada progenie.
Lamentaba sus uniones, en las que la desdichada
engendró doblemente un marido de su marido e hijos de
[sus hijos.

Y cómo murió después de esto, ya no lo sé,
pues a pleno grito se precipitó hacia allí Edipo, por cuya culpa
no fue posible ver hasta el final la desgracia de aquélla.
Pero dirigimos la mirada hacia aquél mientras se revolvía,
pues iba y venía pidiéndonos que le procurásemos un arma,
(y buscaba) a la esposa y a la no esposa, en la que
encontró un doble seno materno, el suyo y el de sus hijos.
Algún dios se la señala cuando estaba fuera de sí,
pues no fue ningún mortal de los que estábamos allí cerca.
Gritando terriblemente, como por medio de un guía
se dirigió a las puertas dobles, y de los quicios
desplazó las puertas y se lanzó a la habitación.
Y allí fue donde vimos a la mujer colgada,
enredada entre cuerdas. Y él,
cuando la ve, bramando horriblemente el desgraciado,
afloja la cuerda suspendida. Cuando la desdichada quedó
en el suelo, lo siguiente fue un espectáculo terrible de ver.

Porque, después de arrancar los broches de aguja hechos de oro de las ropas de aquélla, con los que se arreglaba, levantándolos (sobre su cabeza) se hirió los ojos diciendo que (éstos) ni le verían más a él ni cuanto sufrió ni cuantos males cometió, sino que, en adelante, vería en la oscuridad a quienes no hubiera debido ver y a los que fuera necesario no los
[reconocería.

Maldiciendo así, muchas veces, no una sola, se hería los párpados con los broches. Y, al mismo tiempo,
[las ensangrentadas pupilas teñían sus mejillas, y no hacían brotar gotas empapadas de sangre, sino que corría negra lluvia y granizo ensangrentado.

Tales desgracias se han estrellado contra dos personas^{xv}, no una, desgracias revueltas para hombre y mujer.

La antigua felicidad de antes fue en tiempos una felicidad justa, pero en este día aflicción, crimen, muerte, deshonor, cuantos nombres hay para todos los males, ninguno falta.

Y son precisamente ambas decisiones, el suicidarse ella y el cegarse él, que es protagonista de la tragedia, lo que, dentro del horror inmenso que nos produce, acaba por resultar el acto decisivo de catarsis, de purificación. No es otra cosa. Y debemos calificar de final feliz para Edipo tal comportamiento porque, de no haber sido éste u otro de similares características, no habiéramos podido encumbrar a este rey mitológico a la categoría de héroe ni hubiera servido en absoluto como modelo ético a lo largo de los siglos. Semejante fin es el que permitirá también a Sófocles escribir otra tragedia sobre la muerte de Edipo, *Edipo en Colono*, en la que el héroe aparecerá reconocido por otros héroes, en especial Teseo, y acogido por el coro y la ciudad entera de los atenienses, modelo máximo de sistema democrático antiguo. Ese valor

democrático es sólo posible porque Edipo y Yocasta hicieron lo que hicieron con sus vidas cuando ya todo estaba claro (vv. 1328-1332):

CORO. ¿Qué dios te animó (a cegarte)?

ED. Apolo fue, amigos, Apolo,

el que iba ejecutando estos malignos, malignos padecimientos
[míos.

Pero nadie, salvo yo mismo, desgraciado, se hirió
con su propia mano.

La conclusión de la tragedia de Sófocles y la vivida durante la crisis de marzo son, desde luego, distintas. En la primera, pese a que los acontecimientos habían mandado sobre las personas, Edipo decidió honrosamente cuando llegó la hora; en cambio, en la segunda, las malas decisiones se convirtieron en fuerza sin freno que obligó finalmente a pretender que nada vergonzoso había sucedido. Y esa falta de decisión, o mejor, esa falta de responsabilidad, hizo que, con las elecciones a la vista, algunos ciudadanos se plantearan llevar a cabo la expiación necesaria. Porque las elecciones, el final de nuestra tragedia, cerraron aquellos días de marzo dejando a cada uno en su sitio.

Efectivamente, la tarde del día 13, cuando muchos habían oído calificar de miserables a quienes sembraran la sospecha respecto a las informaciones que el ejecutivo daba, cuando muchos pudieron llegar al hartazgo al escuchar una y otra vez las acusaciones de conspiración democrática y cálculo electoral, esa tarde en que afortunadamente se dieron los pasos definitivos para que los (¿inesperados?) culpables pagaran, el mito torció su final para exigir dos purificaciones, no sólo una. Por un lado, la captura de los criminales era la manera más legal de curar una herida de seguridad que se había abierto entre nos-

otros, y recuérdese que en Estados Unidos no se ha prendido a unos responsables para someterlos a la balanza de la Justicia, que también es un pilar de la democracia. Pero, por otro, una buena parte del coro hispano, una parte realmente importante, entendió que había un segundo delito, esta vez no sometido a legislación pero también inadmisibles: la soberbia del gobierno y el descrédito de las instituciones

De improviso, otros ejemplos que no habían tenido suficiente peso en las elecciones anteriores, como el caso del naufragio del petrolero o las malas gestiones en el accidente aéreo con ese insoportable hedor a deshonesto comportamiento, en realidad sucesos que la vida de un gobierno, como la de cualquier ciudadano, no puede prever pero ha de manejar, todas esas calamidades se unieron a otros comportamientos de distinta naturaleza pero igualmente destructivos para un mandatario: la soberbia demostrada especialmente en el último año, el haber podido matar la política europea del país y haberse unido a la nación equivocada en la lucha contra la esfinge del terrorismo, la sospecha de mentira en las declaraciones oficiales sobre los autores de los atentados... Y así, esta serie de hechos políticos fue considerada un delito contra el sistema democrático. Y si los testimonios más personales del grupo de fieles al gobierno recogidos en aquella tarde-noche del día 13 son ciertos, ese saber que las elecciones estaban perdidas, las lágrimas de la esposa cuando ya se dio el cálculo definitivo del coste político de la crisis, no cabe duda de que esa parte del coro hispano que tuvo la impresión de delito contra la ética democrática no vio la expiación necesaria.

Así pues, nada más fácil, dado que la catástrofe de Atocha estaba encadenada a las elecciones, nada más fácil, repetimos, pero nada más democrático y ético para esas personas, que llevar a cabo la catarsis que no habían observado en el

gobierno. Y así, durante la mañana electoral la impresión que se transmitía era la de poder actuar en el momento decisivo tal como permite la ideología democrática: según la voluntad de cada uno. Por una vez, la obligación de olvidar mucho de lo sucedido porque cuatro años entre elección y elección son demasiados, esa falta de oportunidad para actuar como ciudadano de un estado demócrata, quedaba disipada y se volvía a tener la olvidada sensación que reinó en las primeras elecciones tras la dictadura del general gallego: verdaderamente podíamos volver a decidir algo. Y esa parte del coro se propuso decidir

Todos sabemos ya que el mandato de las urnas, como dicen ellos, fue la expiación.

Una vez cegado Edipo, una vez perdidas las elecciones por el partido del gobierno, nuestras dos tragedias vuelven a mostrar similitudes y divergencias: Edipo reaparece en escena ya cegado y exige que se le expulse del país tal como había establecido en la proclama contra el asesino al inicio de la obra. Pero, después de reconocer en un extraordinario monólogo que no puede existir otra salida (vv. 1384 y s):

¿Habiendo denunciado tal infamia como mía
iba a mirar fijamente a éstos?

deja el poder precisamente en manos de aquél a quien había acusado de deslealtad, en manos de Creonte. Y éste no guarda rencor hacia aquél, sino que pretende que los dioses digan a los tebanos qué se debe hacer con el depuesto rey. Y, finalmente, Edipo se marchará de su tierra natal para vagar por Grecia hasta que encuentre, ya hemos dicho, en Colono, pequeña población del Ática en la que nació Sófocles, el lugar de su muerte.

También el Presidente de aquel gobierno, que no pudo lograr que su delfín obtuviera el triunfo en las elecciones de los

atentados, hubo de dejar el poder a quienes había acusado de confabulación. Pero no lo hizo con el mismo talante generoso, sino tan encolerizado que repetidas veces hemos oído deslegitimar esas elecciones. Es más, no se ha marchado del todo y todavía ha seguido durante unos meses dictando órdenes y condicionando la práctica política de su grupo político. Y aun ha sido nombrado Presidente de Honor y puede asistir con voz y voto a la ejecutiva de su partido. Aunque nada es eterno. Y posiblemente su mandato, debido a su último año, habrá de quedar reducido a una mención en los libros de historia más breve y austera que lo que el gran estadista nacional e internacional deseaba (quizá su nombre, las fechas de su mandato y los desastres del último año). Porque, en definitiva, ¿quién está a salvo de perder todo en unas pocas horas?

7 ANEXO: héroes, democracia, estado de derecho y errores involuntarios.

A lo largo de este ensayo hemos intentado ilustrar los cuatro días de crisis que produjeron los atentados islamistas en la estación de Atocha en Madrid. Hasta ahora nada hemos comentado sobre las víctimas, aunque, además de las evidentes condolencias, quizá sea oportuno reflexionar, ya sea brevemente, sobre ciertos aspectos asociados a ellas. Y la verdad es que, como algunos se han podido imaginar, también tenemos ejemplos de la Atenas clásica para comprender mejor esta cuestión y avanzar por otros caminos igualmente interesantes.

En primer lugar, las víctimas del atentado del jueves 11 de marzo han sido consideradas, también los inmigrantes ilegales, ejemplos de las virtudes que conlleva ser ciudadano de un estado de derecho. Este aspecto es trascendental pues, sin saberlo, por supuesto sin quererlo, estas personas han alcanzado la categoría de héroes del estado constitucional por oposición a la brutalidad ilegítima e inmoral de los terroristas. Y los héroes, evidentemente, necesitan ceremonias.

La democracia ateniense también tuvo sus víctimas. Para ellas se creó con el paso de los años una ceremonia en la que los caídos por la ciudad eran conmemorados como héroes. Este homenaje tenía lugar en el cementerio del Cerámico, el más interesante política, social y arqueológicamente hablando de todos los de Atenas. De lo que allí ocurría tenemos suficientes testimonios tanto literarios como arqueológicos como para hacernos una buena idea de la importancia que llegó a adquirir para el sistema de la ciudad-estado ateniense. Leamos, a modo de ejemplo, la descripción que de la ceremonia del año 430

incluyó el historiador Tucídides en el libro II de su *Historia de la Guerra del Peloponeso*, título por el que normalmente se conoce su obra (II, 34)¹⁹

En ese mismo invierno²⁰ los atenienses, haciendo uso de la ley de los ancestros, hicieron unos funerales públicos de los primeros muertos en esta guerra de la siguiente manera: tras preparar una tienda, los huesos de los muertos son expuestos durante dos días y cada uno, si quiere, aporta alguna ofrenda a los de su familia. Cuando se celebra la conducción, unos carros transportan los féretros de ciprés, uno de cada tribu; dentro están los huesos de la tribu de cada uno. También hay un lecho cubierto y vacío de los desaparecidos, aquellos que no hubieran sido encontrados para la recogida de cadáveres. Acompaña al duelo quien lo desea tanto de entre los ciudadanos como de los extranjeros, y asisten las mujeres de la familia para llorar junto a la tumba. En efecto, los sepultan en el cementerio del estado que se encuentra cercano al barrio más hermoso de la ciudad, y siempre entierran en él a los caídos en guerra salvo a los de Maratón; pues, considerando el valor de aquéllos insigne, allí mismo construyeron la tumba. Cuando los cubren con tierra, un hombre escogido por la ciudad que no parezca un necio por su inteligencia y que sea el primero por su dignidad pronuncia un discurso de alabanza apropiado para ellos. Después de esto se marchan. Así los entierran. Y durante toda la guerra, cuando tuvieron ocasión, hicieron uso de la ley.

Como decíamos, la ceremonia tenía lugar en el cementerio del barrio del Cerámico, lugar que, desde antiguo, había sido utilizado por la aristocracia ateniense para sus enterra-

¹⁹ Seguimos es texto con comentario de J. S. Rusten, *Thucydides, The Peloponnesian War*, book II, Cambridge, 1989, reeditado en 1993.

²⁰ Al parecer en noviembre del año 430.

mientos y monumentos funerarios. Con la llegada de la democracia radical de Clístenes en el 505, el Cerámico fue paulatinamente abandonado por la nobleza, sobre todo porque gradualmente perdía poder y ya no era apropiado enorgullecerse de pertenecer a ella mediante una suntuosa tumba. De hecho, el nuevo sistema de gobierno adoptó este lugar como idóneo para conmemorar a los caídos por la patria según lo que se denominó *patrios nomos*, ley ancestral o de los padres. El significado político y social tanto del emplazamiento como de la costumbre quizá pueda ser mejor ilustrado mediante el ejemplo de la batalla de Maratón, según mencionaba Tucídides. Como se recordará, en ella los atenienses, ayudados por un contingente militar de la ciudad de Platea, derrotaron en el año 490 al gran ejército persa que, dirigido por Jerjes, pretendía hacerse con el dominio de Grecia. La victoria fue tan importante, entre otras razones, porque fraguó definitivamente los cimientos de la joven democracia ateniense. Y los caídos en aquella batalla por la libertad de todos los griegos recibieron en la llanura de Maratón el mismo tratamiento funerario que los nobles se habían dado a sí mismos hasta entonces: se preparó una fosa común sobre la que se erigió un túmulo de tierra y se adornó con una estela funeraria que representaba a un joven soldado heroizado y un epigrama que ensalzaba a los caídos.

Esta aristocratización de los primeros héroes democráticos triunfó de tal manera que, desde entonces, cualquier ateniense caído durante las guerras que la ciudad mantuvo a lo largo de su siglo de esplendor recibió el homenaje a expensas del pueblo en el Cerámico.

Los tópicos utilizados en el discurso fúnebre son extraordinariamente similares a los utilizados hoy en día en ceremonias o actos de parecido carácter. La mejor muestra de tales discursos es el pronunciado por Pericles para los actos del

430, también recogidos por Tucídides. Veamos algunos pasajes del mismo (II, 37):

Disfrutamos de un sistema político que no envidia las leyes de los vecinos, sino que somos más bien ejemplo para unos que imitadores de otro. Y en cuanto al nombre, por el hecho de gobernar no en provecho de unos pocos sino para la mayoría es llamado democracia, y según las leyes en lo referido a los asuntos particulares hay igualdad para todos; pero, con arreglo a la estima pública, cada uno es escogido para los asuntos públicos de acuerdo con sus logros en algún campo, es decir, no según su clase social sino por su mérito; y, además, en caso de pobreza, mientras alguien tenga algo bueno que hacer por la ciudad, no se encuentra apartado debido a la oscuridad de su prestigio. En cuanto a lo que se refiere al estado, participamos en la administración pública libremente y, respecto a las sospechas entre uno y otro, propias de los actos de cada día, no nos irritamos contra el vecino si hace lo que le gusta, ni hacemos gestos de desaprobación, que están exentos de castigo pero son ofensivos. Y, viviendo sin ofensas en los asuntos privados, no infringimos los asuntos públicos principalmente por temor a la ley, en atención a los que están en el poder y las leyes, en especial las que están establecidas en socorro de los agraviados y de cuantas, aun no estando escritas, traen vergüenza por todos reconocida.

Aparte de consideraciones evidentes respecto a la propaganda interna que supone el discurso, este párrafo ya nos plantea una primera cuestión de indudable interés: va a resultar que el sistema de vida que llevamos ahora mismo no es tan novedoso, que podemos investigar, frente a lo que creemos los españoles, cómo vivieron pueblos que no son los de la Europa del Norte del siglo XX para aprender algunos aspectos sobre él. Por ejemplo, los comentarios sobre la liberalidad de la vida particular resultan ser más europeos que norteamericanos, aunque

por supuesto, no han de ser tomados al pie de la letra, como no han de serlo algunas consideraciones que se hacen en los homenajes a la constitución cuando se alaba la filantropía generalizada del pueblo español. Aunque otros aspectos del discurso son más interesantes. Concretamente, los comentarios sobre el respeto a la ley por temor, que ha de ser entendido como respeto por el temor de dañar específicamente aquello que convierte a cada ciudadano en ciudadano, o sea, las leyes que nos vamos otorgando, todavía deben ser aprendidos, pues nosotros respetamos la ley por el castigo, no por convencimiento. Porque, realmente, defendemos la constitución y el estado de derecho como salvaguarda de nuestra esencial diferencia ética con los esencialmente malvados irracionales sin democracia pero no respetamos por convicción las leyes, lo cual sí sería realmente un sistema ético que nos distinguiría de ellos.

Asimismo es interesante la declaración de principios respecto a la elección de cargos públicos: no es el prestigio ni la posición económica lo que sustenta tal designación, sino la idea de que el candidato tenga algo bueno que ofrecer a la ciudad. Sigamos, no obstante, con otro párrafo del discurso (II, 40):

Nos preocupamos de lo que es noble con sencillez y procuramos instruirnos sin complacencia; disfrutamos de la riqueza más por ser oportunidad para desenvolverse que por servir como motivo de palabrería jactanciosa; y en absoluto es vergonzoso para nadie admitir ser pobre, sino que consideramos más vergonzoso no evitar la pobreza con la propia actividad; en unas mismas personas hay preocupación por los asuntos privados y por los públicos, y en los demás, aunque ocupados en sus propios trabajos, no se da el conocer insuficientemente las cuestiones de gobierno público. Pues somos los únicos que consideramos a quien no participa en nada no como ocioso, sino como inútil, y ciertamente nosotros mismos o resolvemos o llegamos

a conclusiones correctas sobre lo público, no por valorar que los discursos son un perjuicio para el actuar, sino estimando que más bien es un perjuicio no prepararse con razones antes de aplicarse a lo que es preciso llevar a cabo. Pues, en efecto, somos diferentes también en esto, por el hecho de que los mismos nos atrevemos a lo máximo y reflexionamos sobre lo que vamos a intentar hacer, mientras para otros la ignorancia es valor y el raciocinio comporta vacilación. Pero más valientes de ánimo serían considerados con justicia quienes pese a conocer con toda seguridad lo terrible (de la guerra) y lo agradable (de la paz) no por esto se apartan de los peligros.

Esta parte de la intervención de Pericles en el funeral público por los caídos en combate apunta otro aspecto especialmente notable del sistema político ateniense sobre el que volveremos un poco más adelante, la posibilidad que todo ciudadano tenía para participar en las decisiones del estado.

De todas formas, uno de los elementos más relevantes de esta ceremonia no son los discursos, con su carga de justificaciones y alabanza del sistema, sino el hecho de que fuera promovido por el estado, por el erario democrático, o sea, planeado, dirigido, celebrado con un carácter predominantemente civil. En efecto. Según sabemos a partir de las fuentes literarias que conservamos, en el fondo todo el acto era una gigantesca ocasión para participar como ciudadano de pleno derecho de un estado de derecho, valga la repetición. Y, fijándonos en la ceremonia que se ofició en nuestro país a propósito de los muertos en el atentado de Atocha, no vemos demasiado clara la intención cívica, pública, democrática, del primer acto solemne en que se homenajeó a las víctimas. Es más, los tópicos sobre ciudadanía, legalidad, defensa de la constitución, es decir, los aspectos esenciales de una sociedad basada en los derechos humanos y las leyes democráticas de la igualdad, no casan demasiado bien con un rito religioso, máxime cuando no todas

las confesiones de los difuntos pudieron rezar oportunamente. Y aún peor resulta que dicho acto, al que asistieron todas las personalidades políticas, administrativas, militares, judiciales, legislativas, sociales de nuestra democracia, no fuera un impresionante funeral de estado al más puro estilo de lo que hemos estudiado en Atenas hace un momento, laico y constitucional. Y más todavía habría de hacernos pensar el hecho de que este funeral religioso despertó la expectación que hubiera debido levantar la constitución del 78 como máximo exponente del carácter de estado de derecho de la sociedad española.

Y es que, a propósito de estas reflexiones, hemos de volver a pensar el sentido de algunas cosas que laten bajo todo cuanto hemos tratado hasta ahora. En primer lugar, pensemos que la tragedia de Sófocles fue escrita para un público que habitaba una población con un sistema político determinado, la democracia radical asamblearia. En esencia, el núcleo de las decisiones que la ciudad-estado de Atenas debía tomar recayó desde la reforma de Clístenes en una asamblea de ciudadanos de pleno derecho, la llamada *Ekklesia*, a la que podía asistir cualquier hombre con derecho de ciudadanía. La Asamblea se reunía en la colina conocida por Pnix, dentro de la ciudad, donde podían juntarse alrededor de diez mil personas, aunque se calcula que la asistencia normal alcanzaría unos seis mil asambleístas.

Los asuntos a tratar por la Asamblea eran preparados por el Consejo o *Bulé*, un grupo de quinientos ciudadanos elegidos de todas las tribus²¹ por sorteo. De entre ellos se elegía a los *pritanes*, una especie de comisión permanente que gestionaba el día a día entre cada reunión del Consejo.

²¹ No se trataba de tribus en sentido ordinario de la palabra sino de una especie de agrupaciones de ciudadanos cuyo propósito era dividir concentraciones homogéneas en ellas, de modo que la ciudadanía, en sus reuniones generales, resultara ser muy difícil de manipular por grupos.

Además de estos órganos de gobierno, la elección de ciertos cargos por sorteo, así como la imposibilidad de repetir en algunos de ellos, bien fuera durante un periodo concreto bien para toda la vida, y la existencia de magistraturas de elección por sufragio directo crearon un sistema que, como bien nos indica Pericles en el discurso fúnebre, obligaba a que el ciudadano participara del gobierno no sólo mediante su posibilidad de elegir quién le gobernaría sino también debido a que tarde o temprano el sorteo le depararía integrarse en alguna instancia administrativa o gubernativa.

Así, a diferencia de nuestro sistema democrático, pensado para territorios y poblaciones infinitamente mayores que las polis griegas, la democracia directa implicaba cada poco tiempo al ciudadano. De hecho, sistemáticamente en los discursos fúnebres y políticos se trata el tema del ciudadano enamorado de su ciudad como máximo exponente de la actitud propia de un buen demócrata ateniense²².

Este argumento ideológico y la posibilidad real de participar cada poco tiempo en la toma de decisiones soberanas de la polis es muy diferente del sistema representativo en que cada cuatro años se nos convoca para recoger la voluntad del pueblo. No es viable, por supuesto, en el mundo moderno una democracia asamblearia y radical, pero las ventajas de cada uno están ahí, sobre todo, como se ha podido leer en declaraciones del Presidente de Gobierno que vivió la crisis de marzo, si el elegido opina que, una vez pasada la elección, el pueblo debe acatar cuanto el gobernante decida.

El caso es que, entre tanto aparato ideológico, también había un ideal de ciudadano democrático, como hemos visto en

²² Por supuesto, la ideología democrática descrita hasta aquí, propia del siglo V, fue devaluándose paulatinamente hasta crear otro tipo de concepción de ciudad-estado, más individualista, a lo largo del siglo IV.

los fragmentos del discurso y a lo largo de nuestro análisis de la obra de Sófocles. Dentro de este ideal, ético²³ tanto como político, las acciones injustas estaban sometidas a una consideración ulterior, a saber, si habían sido realizadas a sabiendas o no. Así, uno podía cometer indudables injusticias contra la ley sin haber sido consciente del suceso. Esta acción se consideraba como un error o delito involuntario, *hamartía* en griego. En cambio, una injusticia intencionada, *adikema*, era la que deshacía con toda intención la igualdad de derecho, la igualdad ante la ley, la libertad de palabra, la igualdad de honores, la igualdad de voto, es decir, un acto que atentaba contra el sistema político en alguno de sus cimientos o en alguna de sus leyes, entendidas éstas como desarrollo de tales principios. Por tanto, Edipo cometió un delito involuntario que, por lógica, debía acarrear una consecuencia penal, como así fueron su ceguera y su marcha de Tebas. Una vez esto en la cabeza, la injusticia intencionada hubiera sido no acceder a recibir justicia y haber escapado a la responsabilidad evidente que seguía a sus involuntarios errores *velis nolis*.

Refiriéndonos ya a nuestra crisis particular, parece que lo ocurrido durante la gestión de la misma pudo haber sido concebido por parte de algunos votantes del coro de ciudadanos españoles como una injusticia intencionada por parte del Presidente del Gobierno y quienes constituían su equipo. Visto así, el ideal democrático quedaba por los suelos. Y, como decíamos al tratar la noche electoral, justicia debía haber de alguna manera. De modo que las elecciones, ese preciso momento en que el ciudadano volvía a interpretar el papel que cada cuatro años le corresponde, la vuelta ficticia a la democracia de los orígenes remotos del sistema, dieron la ocasión de participar a muchos más

²³ Como demuestra Platón en su diálogo *Critón*, que reflexiona sobre la injusticia que un ciudadano podría cometer contra la ciudad, que en teoría siempre le ha favorecido, si en una ocasión se favorece a sí mismo y no la respeta.

españoles de los que se esperaba, muchos más de los que, según algunas opiniones, incluso los partidos políticos deseaban.

Luis Gil Fernández, en un interesantísimo artículo sobre las diversas interpretaciones del *Edipo rey*,²⁴ apunta que no es improbable que Sófocles iniciara su obra con la ruina de Tebas teniendo en mente la peste que asoló Atenas durante el primer año de la guerra contra Esparta. Esta epidemia, acaecida en el año 429, se produjo a resultas de la invasión del Ática llevada a cabo por los espartanos, que obligó a gran parte de la población a buscar refugio en la capital, Atenas. Como puede suponerse, las condiciones higiénicas no eran óptimas, por lo que tal masificación entre los muros de la ciudad llevó al desastre.

Según esa teoría, Sófocles escribió su *Edipo*, estrenado cuatro años más tarde, con la intención de criticar la figura del gran Pericles, que dirigió la ciudad durante buena parte de su época clásica. Pericles se mantuvo en el poder en un cargo u otro desde el año 455 hasta su muerte durante la peste, pero en sus últimos años su popularidad había decaído tanto que, según esta teoría que comentamos, habría iniciado la guerra contra Esparta para retomar fuerzas políticas. De ahí la comparación entre Edipo, como hemos visto, héroe del sistema democrático, y Pericles, que acabó por cometer su propio *adikema* lleno de desmesura, *hybris*.

Para estos casos de desmesura, el sistema ateniense había creado una instancia última que tenía por objeto expulsar durante un periodo mínimo de diez años a todas aquellas personas que, por haber alcanzado excesivo poder, se acercaran a la tiranía. Este paso recibía el nombre de ostracismo y su puesta en práctica era propia también del sistema asambleario. Cada año los ciudadanos que lo desearan se reunían en el Cerámico

²⁴ 'De las varias lecturas del *Edipo Rey*', Cuadernos de Filología Clásica, Estudios Griegos e Indoeuropeos, 10 (2000), pp. 71 a 89.

para, en primera instancia, decidir si durante los últimos meses había habido alguna persona que hubiera alcanzado ese exceso de poder. En caso de que este referéndum, más que elección, resultara afirmativo, en una segunda consulta se escribía el nombre concreto de la persona que cada cual quisiera desterrar, aunque para llevar a efecto la condena popular hacía falta un mínimo de seis mil votos, lo cual era una cifra considerable. Y recordemos que Edipo había proclamado esta pena de exilio para quien resultara ser el causante de los males de la ciudad.

Ahora, volvamos a nuestra crisis particular. El sistema asambleario que hemos visto en Atenas bien podría presentárenos en las manifestaciones que, sin ninguna duda, desbordaron las expectativas de los políticos la noche del día trece tras las primeras detenciones policiales. De hecho, a muchos ciudadanos se les presentó la oportunidad de volver a respirar la energía que podría desprenderse tanto de aquellas asambleas atenienses en las que había mucho por decidir, en muchos casos una guerra, como la sensación de participación directa, de implicación consciente en el curso de los acontecimientos que existió durante la transición de la dictadura a la democracia en nuestro país. Y lo mismo podríamos decir más recientemente de las manifestaciones contra la guerra en Irak y de conmemoración de las víctimas del atentado de Atocha, que, hemos de recordar, no fue un funeral de estado sino una orquestación estatal desbordada. Esos grupos de ciudadanos frente a las sedes del Partido Popular en muchísimas poblaciones españolas pueden ser vistos como la primera convocatoria de ostracismo en el Cerámico de Atenas, y las elecciones, por supuesto, como la segunda. Y, en efecto, el resultado fue un exilio político para quien había cometido una injusticia consciente, para quien había llevado la crisis por el peor rumbo institucional, el que conducía hacia la mayor de las desconfianzas.

Así pues, no sólo sería conveniente volver a representar en nuestros escenarios *Edipo rey*, también lo sería ofrecer a los ciudadanos *Los persas*, de Esquilo, obra en la que, como ya comentamos en la introducción, el rey Jerjes, que inició una guerra de conquista fuera de toda medida, es mostrado como ejemplo de *hybris* a un público ateniense que participaba en su sistema con frecuencia y determinación. Y eso no es lo que nos ocurre a nosotros, que entre elección y elección nos vemos obligados a esperar un tiempo demasiado largo que nos adormece o hemos de elegir entre unos políticos depurados por los partidos, aspirantes en muchos casos simplemente a perpetuar su puesto de trabajo. Bonita forma de decidir cómo continuamos viviendo los demás. En definitiva, todo esto más bien parece una anestesia que nos hace olvidar nuestros derechos y nuestras obligaciones, una vía, pues, para que la democracia muera.

^I Parece faltar un verso en este pasaje. Traducimos la interpretación en inglés de Dawe.

^{II} Sigo la traducción de Gil a este verso.

^{III} Traducción de Gil.

^{IV} Preferimos la lectura recogida por Dawe, πλωύτου.

^V Prefiero la lectura ἐκκαλοῦσ' ἐμέ de Meineke de la edición de Dawe.

^{VI} Parece mejor seguir la lectura del manuscrito, εἶχε, como hacen Gil y Dawe.

^{VII} Parece lo más coherente la lectura de Dawe, σημάντωρ, y su interpretación.

^{VIII} Preferimos la lectura παρόντα con Gil y Dawe.

^{IX} Traducción de Gil.

^X Traducción de Gil.

^{XI} Parece mejor el αὐτόζ de Heimsoeth.

^{XII} Seguimos la corrección de Dawe, ὕβριν ψυτεύει τυραννίς.

^{XIII} Aceptamos la corrección de Blaydes, θίξεται.

^{XIV} Traduzco según el comentario de Dawe.

^{XV} Sigo la lectura de Dawe, εἰς δυοῖν.

Se terminó de imprimir
LA CEGUERA DE EDIPO
UNA MIRADA TRÁGICA A LAS ELECCIONES DEL 14-M
de Eugenio Gómez Segura
en diciembre de 2004
mientras el ex-presidente del país declaraba
en la Comisión de Investigación del 11-M



PERLA
ediciones